

CELCIT. Dramática Latinoamericana 284

# SANGRE LUNAR

José Sanchis Sinisterra

PERSONAJES: 8

Dr. Gustavo Soto

Dra. Inés Caruana

Jaime

Sabina

Estela

Héctor

Manuel

Limpia-cristales

Voces de periodistas

Voz de Mujer

PRIMERA PARTE

(Conferencia de prensa. Sobre la mesa, muchos micrófonos. Tras ella, el DR. SOTO y la DRA. CARUANA.)

DR. SOTO.- (Tras una pausa.) No.

VOZ HOMBRE 1.- ¿Quiere decir, entonces, que la Residencia sólo puede garantizar la vida de... de los pacientes?

VOZ HOMBRE 2.- O sea: que no se hace responsable de su integridad. Que ustedes

sólo atienden... que sólo se ocupan de mantener sus funciones vitales. ¿Es así, doctor?

DR. SOTO.- Sí.

VOZ HOMBRE 2.- Sin embargo, usted aseguró antes que su Residencia tenía medios y personal suficientes para... ¿cómo dijo?... “controlar permanentemente”... Sí: “controlar permanentemente” dijo... “cualquier incidencia que pudiera afectar”... ¿Le parece que esto no es una “incidencia”? ¿O que no puede “afectar” a esa mujer? ¿Qué entiende por “afectar”? O mejor: ¿a qué llama usted “controlar”? ¿Ha estado suficientemente “controlada” la integridad de esa mujer?

DR. SOTO.- No.

VOZ MUJER 1.- Quisiera preguntarle, doctor, sobre la identidad de esa mujer. La decisión de no dar... de no hacer público su nombre... Sí: puedo comprender esa decisión... si es que viene de la familia, pero... Bueno, quiero decir que, dadas las circunstancias, alguien podría sospechar que ustedes... que la Residencia está ocultando su nombre para... por motivos menos confesables. (Pausa.) ¿Me entiende?

DR. SOTO.- No.

VOZ MUJER 1.- Que la Residencia está tratando de impedir a la prensa... y a los otros medios de información... el contacto directo con la víctima... Bueno: con su familia... para encubrir otros aspectos del caso, otras responsabilidades de... Por ejemplo: esta rueda de prensa, convocada por ustedes, podría ser una cortina de humo, ¿comprende? Una manera elegante de atajar cualquier posible...

DR. SOTO.- ¿Qué quiere decir?

VOZ HOMBRE 1.- Mi compañera se refiere a la semana... no: a los ocho días transcurridos desde que ustedes tuvieron las primeras evidencias del asunto... (La DRA. CARUANA habla al oído del DR. SOTO.)

Y otro dato curioso es que la policía no tomó cartas en el asunto hasta ayer. O sea que, según parece, ni la Residencia ni la familia denunciaron el caso hasta ayer... A no ser que usted me diga... y podemos comprobarlo, que presentaron la

denuncia hace una semana y la policía, hasta ayer, no... ¿Me está escuchando?

DR. SOTO.- ¿Qué?

VOZ HOMBRE 1.- Le estaba diciendo que resulta extraño, dada la gravedad del caso, que la policía no haya intervenido hasta...

DR. SOTO.- Un momento, un momento...

(Escucha, asintiendo, lo que le dice al oído la DRA. CARUANA. Murmullos en la sala. El DR. SOTO vuelve a atender al periodista.)

¿Sí? ¿Decía usted?

VOZ MUJER 2.- Una aclaración técnica, doctor, si me lo permite. En la nota de la convocatoria dice usted... o quien la haya escrito... que la paciente está en coma desde hace diez años, ¿no? Y yo quisiera saber... bueno: mis lectores quisieran saber cómo es posible eso. Cómo se puede estar en coma diez años. Porque estar en coma es más o menos como estar muerto, ¿no? Entonces, yo le pregunto: ¿cómo es posible estar diez años más o menos muerto? ¿Es normal eso?

DR. SOTO.- ¿A qué publicación representa?

VOZ MUJER 2.- ¿Cómo?

DR. SOTO.- Sí, usted. ¿En qué periódico escribe?

VOZ MUJER 2.- Bueno, yo... Soy corresponsal de... Es decir, colaboro en la revista "Sensaciones"...

DR. SOTO.- ¿Cómo?

VOZ MUJER 2.- La revista "Sensaciones".

DR. SOTO.- Ya. (Pausa.) ¿Sus lectores quieren un cuadro clínico del estado de coma?

VOZ MUJER 2.- Bueno, yo...

VOZ HOMBRE 1.- Antes, si la compañera me lo permite, quisiera insistir en... Por ejemplo: ¿cómo es que ningún representante de la familia está presente aquí? Tengo entendido que hay un abogado... que la familia ha puesto el caso en manos de un abogado... De nombre Moret... o Morey, no estoy seguro...

DR. SOTO.- Morín.

VOZ HOMBRE 1.- O Morín, sí... ¿Y cómo es que no ha sido convocado a esta rueda de prensa? (Silencio. El DR. SOTO y la DRA. CARUANA se miran sin expresión

alguna.) ¿Admite, entonces, que no han invitado a ningún representante de la familia? ¿Qué hay una voluntad deliberada de ofrecer a la opinión pública una sola versión de...?

DR. SOTO.- Yo no he dicho eso.

VOZ HOMBRE 1.- Pero reconoce que su Residencia convoca una rueda de prensa... a los ocho días de...

DR. SOTO.- Eso no es exacto.

VOZ HOMBRE 1.- ¿Qué no es exacto?

DR. SOTO.- Esta no es "mi" residencia.

VOZ HOMBRE 1.- Ya... Pero usted es el Médico Jefe...

DR. SOTO.- Director...

VOZ HOMBRE 1.- Está bien: Director Médico...

DR. SOTO.- Clínico.

VOZ HOMBRE 1.- Director Clínico, de acuerdo...

VOZ MUJER 1.- ¿Sería posible, doctor Soto, que nos diera usted alguna información concreta sobre este... escabroso asunto?

DR. SOTO.- ¿Qué quiere saber, exactamente?

VOZ MUJER 1.- Por ejemplo: si tienen ya evidencias de que esa mujer... esa joven en coma, ha sido violada por alguien de esta residencia.

(Silencio.)

DRA. CARUANA.- No se descarta ninguna hipótesis.

VOZ MUJER 1.- ¿Luego admiten que entre el personal que trabaja aquí, con ustedes, puede haber una persona... un hombre capaz de cometer esa atrocidad?

DRA. CARUANA.- Ya se lo he dicho: es una de las hipótesis.

VOZ MUJER 1.- ¿Y qué otras está considerando la policía?

DRA. CARUANA.- Hay varias: visitantes, proveedores, empleados temporales, familiares...

VOZ HOMBRE 2.- ¿Insinúa usted que el violador pudo haber sido alguien próximo a la víctima?

DRA. CARUANA.- Nosotros no insinuamos nada. La policía está investigando en torno a estas y otras hipótesis.

(Brusco cambio de luces. Desaparecen los micrófonos. El DR. SOTO, en pie, grita hacia un lateral.)

DR. SOTO.- ¡Sólo las primeras cifras! ¡Las tres primeras cifras, animal! ¡Sólo las tres primeras! ¿Cuántas veces te lo he dicho? ¿Cuántas veces tendré que...? ¡Nada! ¡Con el resto, nada! ¡Ni nosotros ni nadie! ¡Más allá de las tres primeras no hay más que mierda, basura, polvo estelar! ¡Olvídate! ¡Olvídate de la cuarta y de la quinta y de...! ¡Eso ya no son cifras! ¡Con eso, entérate de una vez, ni se gana ni se pierde! ¡Con eso, entérate, sólo se llenan los bolsillos de baba! ¡La baba del destino, sí! Después de las tres primeras cifras, se derrama la baba del destino, pedazo de animal...

(La DRA. CARUANA se ha cubierto el rostro con las manos.)

(En una bolera. JAIME, en una silla de ruedas, lanza de vez en cuando bolas por el carril. A su lado, de pie, SABINA.)

JAIME.- Hace años que no voy a verla. ¿Para qué? ¿Tiene algún sentido? Si estuviera muerta de verdad, no sé... Le llevaría flores de vez en cuando, ¿por qué no? (Pausa. Lanza una bola.) Y además... (Ruido de bolos cayendo.)

SABINA.- Antes lo hacías.

JAIME.- ¿Qué?

SABINA.- Llevarle flores. A veces ibas conmigo, ¿te acuerdas? (Silencio.) Antes lo hacías.

JAIME.- Y además, mi mujer acabó por hartarse. "¿Hasta cuándo va a durar ese noviazgo?", decía. Acabó por hartarse. (Pausa.) Seis o siete años, creo. (Pausa. Lanza una bola.) ¿Cuándo te fuiste a Viena? (Ruido de bolos cayendo.)

SABINA.- Justo después de casarte.

(Silencio. JAIME observa una bola sin lanzarla.)

JAIME.- ¿Cómo lo llevan tus padres?

SABINA.- Imagínatelo.

JAIME.- Sí, ya... Supongo que tu madre estará...

SABINA.- Pero me preocupa más mi padre.

JAIME.- ¿Por qué?

SABINA.- No dice nada. Casi ni habla.

JAIME.- ¿Tu padre? Me cuesta creerlo.

SABINA.- Por eso.

(JAIME lanza la bola.)

JAIME.- ¿Te das cuenta? Esta bola podría seguir rodando y rodando eternamente, hasta el infinito... si no hubiera fricciones. Quiero decir: si no la frenara el roce con el suelo, con el aire, con los bolos. Sólo por mi impulso, la fuerza de mi brazo... Un movimiento rectilíneo, uniforme, eterno...

(Callan. Sólo se escucha, alejándose, el rodar de la bola. No hay ruido de bolos cayendo. Silencio.)

SABINA.- ¿Te eliges tú la ropa?

JAIME.- ¿Cuál?

SABINA.- Tu ropa. Ese suéter que llevas, por ejemplo.

JAIME.- ¿Por qué?

SABINA.- Por nada. (Pausa.) Y lo peor no es eso, que no diga nada. Lo peor es cuando vamos a verla...

JAIME.- Comprendo.

SABINA.- ¿Qué comprendes?

JAIME.- Lo que... Bueno: no sé.

SABINA.- Ni la mira. No sólo no habla. Se queda allí, lejos de la cama... Ni mirarla quiere.

JAIME.- O no puede.

SABINA.- No sé.

(JAIME lanza una bola. Ruido de bolos cayendo.)

JAIME.- La última vez que la vi... Hace años, ya te digo...aún estaba... No, hermosa no es la palabra, pero... Como si algo quedara allí de su...

SABINA.- Me molesta que digas eso. Me da asco.

JAIME.- ¿Por qué? (Silencio.) Parecía dormir. (Pausa.) Te hablo de hace tres o cuatro años. Ahora no sé. (Pausa.) ¿Cómo puedes seguir odiándola?

SABINA.- Yo no la odiaba.

JAIME.- O teniéndole miedo.

SABINA.- Eres el mismo imbécil ciego de siempre.

(JAIME ríe y lanza otra bola. Ruido de bolos cayendo.)

JAIME.- Comprendo que debía ser difícil tener una hermana como Lucía, sí... La mayor, la más guapa, la primera en todo... Por cierto: veo que te arreglaste los dientes. Te quedan muy bien. Seguro que ya puedes hasta sonreír...

SABINA.- Imbécil. (JAIME ríe.) Ojalá hubieras ido tú al volante, aquel día. Ojalá hubieras visto tú al ciervo cruzando la carretera. (JAIME sigue riendo.) Ojalá hubieras tratado tú de esquivarlo. Ojalá el coche se hubiera empotrado contra el árbol por tu lado. (JAIME sigue riendo.) Ojalá el golpe te hubiera dejado a ti en esa muerte viva. Ojalá hubieras quedado tú flotando diez años en esa nada vegetal...

(Mientras JAIME sigue riendo, SABINA quita el freno de la silla de ruedas y la empuja con fuerza por el carril. Al salir ésta de escena, suena el chirrido de unas llantas que patinan y el estrépito de un coche chocando violentamente contra un obstáculo sólido. Súbito cambio de luces. Suena un piano de acompañamiento.

SABINA trata de cantar uno de los "lieder" de Richard Strauss: "Wiegenlied" - "Canción de cuna"-, sobre un poema de Richard Dehmel.)

(Cocina-comedor de una vivienda acomodada. HÉCTOR, vestido con distinción, prepara meticulosamente una cena fría. ESTELA, a medio arreglar, inspecciona unos papeles y anota o tacha algo en ellos. Sigue oyéndose a lo lejos la voz de SABINA estudiando el "lied" de Strauss.)

ESTELA .- Sí: nosotros, Héctor, nosotros. Ellos están... No se ponen de acuerdo. Y la última palabra la tenemos nosotros. Eso me dijo Soto: "La decisión les corresponde a ustedes". Y es el jefe de la... el Director Clínico, creo...

"Legalmente, la decisión que cuenta es la suya"... Es nuestra hija, ¿no? Pero no es sólo por lo legal, porque sea lo legal, ¿comprendes? (Pausa.) Córdalo más fino, vamos a ser seis. Viene también la doctora... ¿Cómo se llama?... Caruana, la doctora Caruana. No me gusta nada esa mujer, se da unos aires de... Y todo le parece mal. Si fuera por ella, la pobre Lucía ya... Además, que sabe mejor cuanto más fino, el salmón... ¿Qué hace Sabina? ¿Por qué no baja ya? (Va hacia el

lateral.) ¡Sabina, date prisa! ¡Son casi las nueve! ¿Qué haces? (Cesa el canto de SABINA. ESTELA vuelve a los papeles.) Y yo aún estoy a medio vestir... Esto es sólo un borrador, me dijo Morín que quería consultarlo con... no sé... con otros del bufete... Pero tú y yo, Héctor, tenemos que estar unidos en esto. Como en todo lo demás. Sí: yo tengo mis creencias y tú las tuyas, pero en esto... ¿No lo comprendes? Es algo suyo... vivo. Vivo, ¿te das cuenta? (Pausa.) Ya sé que fue algo horrible, sucio, miserable. Yo también lloré, vomité, me volví loca... Pero ahora, está viniendo, creciendo en su cuerpo, algo de ella viviendo ya... y viene hacia nosotros. Es como... un don que ella nos ofrece, como si quisiera pagarnos todo lo que... por estos diez años de... de angustia. (Pausa.) ¿No dices nada? (Silencio.) No puedes hundirte ahora, Héctor. Te necesito más que nunca. Y ella también, también te necesita... como cuando te llamaba Lancelote, ¿te acuerdas? "Mi señor Lancelote", te llamaba...

HÉCTOR.- No estoy hundido.

ESTELA.- El orégano, lo último.

HÉCTOR.- Sí...

ESTELA.- (Deja los papeles.) Los veremos luego, cuando lleguen. Hay cosas que no entiendo, términos... Voy a acabar de vestirme. (Grita hacia el lateral.) ¡Sabina! (No llega a salir.) Héctor, por favor...

HÉCTOR.- ¿Sí?

ESTELA.- Créeme: no hablo por hablar. Es un don que nos ofrece, lo sé. El otro día... lo vi. Llevo años haciendo meditación, Héctor, y nunca... ¿Alguna vez te he dicho...?

VOZ DE SABINA.- ¿Qué quieres, mamá? ¿Me llamas?

ESTELA.- ¿Alguna vez me has oído hablar de... tener una visión? (Pausa.) Pero el otro día, fue tan claro...

VOZ DE SABINA.- ¿Mamá?

ESTELA.- Debes creerme: fue una visión.

VOZ DE SABINA.- ¡Ya bajo!

ESTELA.- Te la conté y tú me creíste. Sabes que no soy ninguna estúpida, que no hago meditación por esnobismo ni por...



HÉCTOR.- No puedo dejar de pensar...

ESTELA.- ¿Qué?

HÉCTOR.- ... en ese hombre.

ESTELA.- ¿En quién?

HÉCTOR.- Y por mucho que piense...

ESTELA.- Déjalo, Héctor... Además, ni saben si es... si fue él.

HÉCTOR.- ...Por más que lo...

ESTELA.- ¿Cuántos enfermeros trabajan allí?

HÉCTOR.- No consigo... no consigo entender...

ESTELA.- ¿Qué importa quién haya sido? Él... o algún otro, ¿qué importa? Ocurrió, fue horrible, es horrible, pero...

(Entra SABINA.)

SABINA.- Lo siento, pero... no voy a quedarme para la cena.

ESTELA.- ¿Qué dices?

SABINA.- Sí, he cambiado de opinión. ¿De qué sirve mi...?

ESTELA.- (Saliendo.) Me dejáis sola con todo. Ahora, cuando más... (Se la oye murmurar fuera, quejumbrosa. SABINA se acerca a HÉCTOR y comisquea de alguna fuente.)

HÉCTOR.- Trato de imaginar... Me digo: es un ser humano, alguien como yo, un hombre que... Imagino un antes y un después... Hasta un determinado momento, hacer algo así, aquello, la sola idea de... era... no sé: algo impensable para él. Incluso para alguien como él que, luego, un momento más tarde, sería capaz de pensarlo, de quererlo hacer, de hacerlo... (Pausa.) Pero antes no. Antes, me digo, era un hombre como yo, incapaz siquiera de... Sí, ya... no era su hija, no era Lucía, no era algo que has visto nacer, crecer, jugar, tener varicela, anginas, miedo, aprender a... Pero era... alguien, una persona, la... el... la vasija de una persona. (Pausa.) El templo de un espíritu. (Pausa.) Eso tenía que verlo... antes. Y luego hubo un después. Y algo cambió en él, y fue capaz de pensarlo, de hacerlo. (Pausa.) Ahí, en ese punto, ¿qué pasó, qué hubo, cómo dejó de ser... humano? ¿Por qué?

SABINA.- Papá. (Silencio.) Papá.

HÉCTOR.- ¿Qué, Sabina?

SABINA.- ¿No me escuchas?

HÉCTOR.- ¿Cuándo?

SABINA.- Ahora. ¿No me has oído?

HÉCTOR.- ¿Ahora?

SABINA.- Te estaba hablando.

HÉCTOR.- ¿Sí?

SABINA.- No me digas nada, si no quieres... o si no puedes. Pero, al menos...

HÉCTOR.- Sí, sí...

SABINA.- Sí, ¿qué?

HÉCTOR.- Tienes razón.

SABINA.- (Tras una pausa.) Escúchame, por lo menos.

HÉCTOR.- Tienes toda la razón. Te dejo sola con todo, perdona... De veras lo siento. (Pausa. Por la comida.) ¿Habrá bastante? Dice mamá que vamos a ser seis.

SABINA.- Cinco. Yo me voy.

HÉCTOR.- (Tras una pausa.) Tú tampoco quieres, ¿verdad?

SABINA.- ¿Qué?

HÉCTOR.- Que nazca. Que nazca ese niño.

(Entra ESTELA, ya arreglada. Se miran los tres en silencio.)

(Un largo ventanal cuya suciedad lo vuelve casi traslúcido. Tras él, un limpia-cristales sin rostro trabaja rápida y eficazmente en adecentarlo. Ante él, en su silla de ruedas, JAIME avanza muy lentamente. Son dos trayectos paralelos, a uno y otro lado del cristal, que progresan casi con la misma cadencia y en la misma dirección. La goma del utensilio del limpia-cristales emite gemidos molestos. También algo en las ruedas de la silla chirría ásperamente. JAIME busca algo en el suelo, ante sí, y no parece reparar en nada más. No se percibe si el limpia-cristales observa a JAIME. Pero cuando, poco antes de llegar al límite del ventanal, JAIME se detiene y mira hacia lo alto, el limpia-cristales interrumpe también su trabajo, se aleja del cristal y se pierde en lo traslúcido. No sin

dificultades, JAIME se incorpora y queda en pie, mirando hacia lo alto, mientras descende la oscuridad.)

(Zumbido de un ascensor. En el interior de uno, el DR. SOTO y la DRA. CARUANA dialogan sin mirarse.)

DRA. CARUANA.- (Tras un silencio.) ¿Conclusión?

DR. SOTO.- Estamos igual que ayer.

DRA. CARUANA.- ¿Y el abogado?

DR. SOTO.- Un viejo zorro.

DRA. CARUANA.- Nos puede joder, y bien.

DR. SOTO.- No le conviene.

DRA. CARUANA.- ¿Por qué?

DR. SOTO.- ¿A qué sabía esa salsa?

DRA. CARUANA.- A Worcestershire.

DR. SOTO.- ¿Y eso qué es?

DRA. CARUANA.- ¿Me tomas el pelo?

DR. SOTO.- No me recuerdes mis orígenes plebeyos, por favor.

DRA. CARUANA.- ¿Por el anonimato? ¿Por eso no le conviene?

DR. SOTO.- Antes muertos que manchados.

DRA. CARUANA.- Y otra cosa... ¿Te has dado cuenta?

DR. SOTO.- ¿De qué?

DRA. CARUANA.- Ni una palabra sobre... (Pausa.)

DR. SOTO.- ¿El "presunto"?

DRA. CARUANA.- Ni media palabra.

DR. SOTO.- Mientras no haya pruebas... ¿Worcestershire?

DRA. CARUANA.- De todos modos...

(Sonido de puerta de ascensor abriéndose. CARUANA y SOTO "salen" del ascensor.)

DR. SOTO.- ¿Qué?

DRA. CARUANA.- Pobre gente.

DR. SOTO.- Tampoco nosotros tocamos el cielo.

DRA. CARUANA.- No es lo mismo.

DR. SOTO.- No, claro... ¿A tu casa o a la mía?

DRA. CARUANA.- Cada uno a la suya.

DR. SOTO.- Qué terquedad... (Salen de escena.)

(Rincón de un apartamento modesto y de mal gusto. Encarada casi al fondo, en oblicuo, una ventana. Asomado a ella, casi de espaldas al público, MANUEL, en ropa interior, desaseado. Suena el murmullo inconfundible de un vulgar programa de televisión. MANUEL habla dirigiéndose a alguien que está fuera y en un nivel inferior. Come cerezas y tira los huesos hacia abajo.)

MANUEL.- ... Y por eso la llamaban así, porque tenía que dormir entre los fogones y siempre iba sucia de ceniza... Y la madrastra le encargaba los peores trabajos, ¿eh?, los más duros, y las hermanastras lo mismo: que si límpiame esta enagua, que si cóseme esta falda, que si lávame las bragas... Y la pobre Cenicienta, dale que dale: lava y barre y friega y cose y plancha... Y luego, a dormir encima de las cenizas, para ir hecha una guarra... Como tú, que no sé dónde duermes, pero vas también... ¿El padre? Ni se enteraba. Todo el día de aquí para allá, doblando el espinazo delante de los jefes... ni se enteraba. Y que, además, la madrastra lo tenía encandilado, llenándole la cabeza de pájaros con las hijas y chupándole el sueldo para llevarlas hechas unas marquesas... De modo que la pobre Cenicienta... Pero, bueno: ¿te vas a quedar quieta o qué? Como sigas saltando así, se te van a... Y que me estás mareando, además... ¿Dónde estábamos?... Sí, conque un día dan el anuncio de que el rey va a hacer una gran fiesta para buscarle una novia al príncipe, que ya le tocaba casarse... ya estaba madurito para la cosa... y nada. Y no veas la que arman la madrastra y sus hijas. Esta es la nuestra, dicen. Cueste lo que cueste, de aquí emparentamos con la casa real... Y empiezan a sacarle al padre hasta el último cuarto que tenía ahorrado... Y a Cenicienta: todo el día cortando y cosiendo y bordando vestidos y perifollos para las hermanastras, que eran aún más feas que tú... ¿Qué no? ¿Tú te has visto bien? Una escoba pareces... ¿Qué no?... No me digas... A ver, a ver... (Suenan unos golpes metálicos en el lateral opuesto a la ventana. MANUEL se

vuelve y grita:)

¡Ya! (Sigue hablando hacia abajo.) Bueno, pues la fiesta... Toda la casa patas arriba con la fiesta. Y venga a gastar y a gastar... Hasta que un día, a Cenicienta se le ocurre decir... (Mira en silencio. Suenan de nuevo los golpes.) ¡Ya voy! (Mira su reloj.) ¡Aún no es la hora! (Hacia abajo.) ¿Te das cuenta? Cenicienta estaba mejor que yo... Doce horas en la clínica y, encima... (Señala tras de sí.)... esto. (Separándose de la ventana.) Luego seguimos... (Hacia el lateral.) ¡Ya voy! (Se detiene, vuelve junto a la ventana, atisba discretamente hacia abajo. Suenan los golpes. Con resignado fastidio, se mete el último puñado de cerezas en la boca y se dirige hacia el lateral. Alguien arroja desde abajo unos cuantos huesos de cerezas, entran por la ventana y repiquetean en el suelo y los muebles. MANUEL lo percibe y sale sonriendo.)

(Irrumpe la voz de SABINA ensayando, ya con mayor seguridad, una estrofa de la "Canción de cuna" de Strauss-Dehmel. La luz parece estar escogiendo, indecisa, algunos de los espacios que ya se habían hecho visibles en anteriores escenas, ahora vacíos. Por fin, desde la casi total oscuridad, emerge al fondo la habitación de una clínica. En ella, una sola cama en la que apenas se entreve una figura humana conectada a recipientes y aparatos diversos. Podría percibirse paulatinamente que se trata de una mujer inmóvil. Tras dos largos minutos, irrumpen en la habitación, desde distintos ángulos, cuatro o cinco miembros del equipo médico -hombres y mujeres- con batas y mascarillas que, sin caer en la mecanicidad, se afanan en torno a la cama como regidos por cierta precisión coreográfica minimalista. Una vaga polifonía de rumores, zumbidos, vibraciones, pasos y entrechocar de frascos y objetos metálicos, borra el canto de SABINA, a la vez que se escucha en "off" la voz del DR. SOTO.)

VOZ DE SOTO.- (Muy divertido.) ¿El cuadro clínico? ¿Un cuadro clínico detallado, quieren sus lectores? ¿Los lectores de "Sensaciones? Muy bien, señorita, le dije... Tome nota: en primer lugar, hay que precisar la terminología y sustituir la denominación de "coma" por "estado vegetativo crónico", ¿comprende? Estado vegetativo crónico... que suele ser causado por graves lesiones anóxicas o post-

traumáticas, le dije... Y muy a menudo se produce por una combinación de ambos factores... (Ríe.) La tipa empezó a ponerse de todos los colores, y yo seguí: La base neuropatológica del estado vegetativo crónico radica en el deterioro grave de la corteza de los hemisferios cerebrales, de la sustancia blanca subcortical y de los tálamos, preservándose, al menos parcialmente, el hipotálamo y el tronco cerebral, que hace posible el mantenimiento de la homeostasis interna, ¿me sigue? (Ríe.) La pobre mujer balbuceó no sé qué... y los otros periodistas ya no podían aguantarse la risa, pero yo continué: Teniendo en cuenta estos factores, el cuadro clínico del estado vegetativo crónico muestra, aparte de la espasticidad muscular y la inexpresividad facial, una total incontinencia de ambos esfínteres, la ausencia de respuestas motoras dirigidas, como la persecución ocular mantenida o la vocalización verbal... aunque son posibles ruidos inarticulados, gruñidos, gemidos, etcétera... Y sobre todo, tome nota, el mantenimiento natural o artificial, según los casos, de la función respiratoria y de las constantes cardiovasculares... (La voz comienza a perderse.) En las mujeres premenopáusicas puede darse también la permanencia más o menos regular del ciclo menstrual, lo cual significa....

(ESTELA trabaja ante un ordenador con impresora -sus sonidos se suman a los de la clínica, ahora más atenuados y ya sin la voz en "off"-, mientras habla por teléfono, tratando de controlar su visible alteración.)

ESTELA.- Pero, ¿cómo puedes... cómo puedes...? No, Philippe: escúchame... escúchame tú... ¿Cómo puedes pedirme eso... ahora, en esta situación tan...? ¿Tú te das cuenta de lo que estoy... de lo que estamos pasando? Ahora lo nuestro es... No, no digo secundario, pero... Sí, Philippe, perdona... entiéndelo... Estamos todos... trastornados... Hasta Sabina ha venido de Viena, ella que nunca... Y Héctor está hundido, deshecho... Se pasa días sin hablar, sin hablar con nadie... ¿Y me pides que le diga lo nuestro... ahora? ¿Qué le diga que tú y yo...? No te puedo entender, de verdad... Creía que te conocía, pero esto, que me pidas que... Claro que es importante, también... Pero ahora... Sí, es lo más... era lo más importante que... ¿Cómo? (Casi ríe.) Estas loco, Philippe, no sabes lo

que... ¿Irme a Québec... contigo... ahora? ¿Y dejar a... dejarlo todo? Estás borracho, eso es lo que... ¿Qué hora es ahí? Has estado bebiendo, y por eso... Si estuvieras bien, si fueras tú, no me... Mira: vamos a dejarlo... Te llamo esta tarde. Me estoy equivocando, y es por... Con el ordenador, sí... Pues claro que puedo, ya lo sabes... Te llamo mañana, mejor mañana... Y espero que estés sobrio y que se te haya pasado esta... esa locura... Sí: locura, Philippe, locura. Porque una persona en sus... ¿Qué?... Está bien, te escucho... Pero un minuto, por favor, sólo un minuto... Me estoy equivocando, ¿ves?... Sí, de acuerdo, ya paro, lo dejo, dime, háblame... (Deja de trabajar y escucha.)

(De la habitación de la clínica ha desaparecido ya el equipo médico. Hay en ella algo más de luz. ESTELA se separa del ordenador y, con el teléfono sujeto entre la cabeza y el hombro, se dirige hacia allí. Llega junto a la cama y se inclina sobre la figura yacente. Murmura, no se sabe si al teléfono o a la mujer.)

No es así, no es así... No son así las cosas, no han sido nunca así... No está muerta, no ha estado nunca muerta... Sólo dormida... Y ahora va a despertar... Algo en ella está despertando... y me necesita. Me necesita más que nunca... Me necesita entera... Todo mi tiempo, todo mi corazón, todas mis manos... ¿Me oyes? ¿Me estás oyendo? Sólo dormida, como la luna, como la luna que sangra, como la luna que sangra para nada, mientras gira y gira para nadie, hasta que un día... una noche de la tierra, lo dormido despierta y la elipse se vuelve círculo, y el círculo espiral, y la espiral...

(Se interrumpe, ve algo en el rostro de la mujer, saca un pañuelo y le limpia la boca. Junto al ordenador ha aparecido HÉCTOR. Lee en la pantalla.)

HÉCTOR.- ¿Qué es esto?

(La luz de la habitación de la clínica se extingue, pero no la que ilumina a ESTELA, que se vuelve hacia él, al tiempo que corta la comunicación telefónica.)

ESTELA.- ¿No volabas hoy?

HÉCTOR.- He pedido... baja temporal. ¿Qué es esto?

ESTELA.- Shermer y Maynard.

HÉCTOR.- ¿Otra vez?

ESTELA.- No me acaban de cuadrar.

HÉCTOR.- Juegas demasiado limpio

ESTELA.- Eso será. (Va hacia el ordenador con el teléfono en el pecho.) ¿Has dicho por qué?

HÉCTOR.- ¿La baja? Motivos familiares.

(Suena el teléfono. ESTELA no contesta: sigue manteniéndolo contra su pecho.

HÉCTOR no parece escucharlo.)

¿Has ido a la clínica?

ESTELA.- ¿Hoy? (Pausa.) No.

(El teléfono sigue sonando.)

HÉCTOR.- Yo vengo de allí. (Pausa.) Y me han dicho...

ESTELA.- ¿Quién?

HÉCTOR.- ...Que hay peligro para los dos.

ESTELA.- ¿Quién te lo ha dicho?

HÉCTOR.- La doctora Caruana.

ESTELA.- Ya...

HÉCTOR.- No saben qué puede ocurrir. Es el primer caso de un...

ESTELA.- Eso ya lo dijo la otra noche.

HÉCTOR.- (Súbitamente furioso.) ¡Déjame hablar!

(ESTELA calla. El teléfono sigue sonando.)

Otra cosa es cuando el coma... cuando el shock se produce... durante el embarazo. Entonces, me ha dicho, se puede calcular si... se puede saber qué posibilidades hay de... ¿Por qué no calla ese teléfono? (El teléfono deja de sonar.) Pero una... un caso como el de Lucía, me ha dicho que no tiene precedentes. No saben si su cuerpo, sólo su cuerpo, podría llevar adelante el... la gestación, ¿comprendes? Sólo su cuerpo.

ESTELA.- Lucía no es sólo...

HÉCTOR.- ¡Déjame hablar!

ESTELA.- Sí. (Va a dejar el teléfono en su soporte.)

HÉCTOR.- ¿No tienes...? ¿No habrá un cigarrillo por aquí?

ESTELA.- Sabes que no fumo.



HÉCTOR.- Ya. Pero a veces... (Busca en torno al ordenador.) Quizás ese hombre...

ESTELA.- ¿Quién?

HÉCTOR.- El enfermero... Quizás por eso fue capaz de hacerlo. Porque vio que no era una persona. Sólo un cuerpo que...

ESTELA.- ¿Cómo puedes decir eso? (Se sienta ante el ordenador y se pone a escribir en él, consultando papeles y libros que hay sobre la mesa. HÉCTOR se coloca a sus espaldas.)

HÉCTOR.- ¿Puedo... puedo abrazarte?

ESTELA.- (Tras una pausa, turbada.) Héctor...

HÉCTOR.- La he visto. (Silencio.) ¿Me oyes, Estela? He estado en la clínica y la he visto. ¿Puedo abrazarte?

(Silencio. ESTELA deja de trabajar, yergue el tronco y apoya la cabeza en el pecho de HÉCTOR. Respira hondo y cierra los ojos. Él la abraza apenas.)

No era Lucía. No es Lucía. La estaba mirando allí... así... y me decía: ¿qué derecho tenemos sobre... sobre esto? ¿Hicimos bien, entonces, cuando...? ¿Hemos hecho bien todos estos años? (Gesto de ESTELA.) No, espera... Tienes razón; Estela. Quizás sí, quizás entonces sí: la esperanza de... Al principio, los primeros años... ¿Cómo no íbamos a tener esperanzas? Pero luego... últimamente... hoy... ¿Qué te pasa? ¿Tienes frío?

ESTELA.- No.

HÉCTOR.- Al verla allí... así... me preguntaba: ¿es Lucía?

ESTELA.- Claro que es Lucía. Siempre ha sido Lucía.

HÉCTOR.- No saben si puede gestarlo... normalmente. Ahí sólo hay... un cuerpo. Ese hombre vio sólo un cuerpo, ¿comprendes?

(Suenan muy fuerte el timbre del teléfono. La escena se congela unos segundos. Cambio de luces y cambio de posición de HÉCTOR y ESTELA. Mientras JAIME entra por un lateral en su silla de ruedas, ambos encienden sendos cigarrillos. JAIME viene furioso, mostrándoles un papel.)

JAIME.- ¿Qué significa esto? ¿Me lo podéis explicar?

(ESTELA y HÉCTOR no parecen reparar en su presencia. Le responde, desde otro

lugar del escenario, la DRA. CARUANA.)

DRA. CARUANA.- Es una citación.

JAIME.- (A HÉCTOR y ESTELA.) ¡Una citación! ¿Os dais cuenta? La policía me cita para declarar...

DRA. CARUANA.- Pidieron a la Clínica una relación de todo el personal masculino, de todos los familiares...

JAIME.- ¿Qué tengo yo que ver con este asunto? ¿Qué tengo que ver con vosotros, con Lucía? ¡Por favor! Diez años... Hace diez años era su novio...

DRA. CARUANA.- ...De todos los visitantes varones durante los últimos cinco meses. En el registro de entrada figura que el dieciséis de agosto...

JAIME.- ¿Os dais cuenta de lo que Gloria puede... sufrir, si se entera? Lo pasó muy mal, los primeros años... ¿Te acuerdas, Estela? Y te lo dije: "No me llames más, no me pidas más que vaya a verla. Gloria está harta de esa historia..."

DRA. CARUANA.- ... Usted acudió a la clínica para visitar a su suegro, ingresado de urgencia por una afección renal aguda...

JAIME.- Y yo también debería estarlo, ¿no? Debería alejarme de aquí, como hizo Sabina... El año pasado me ofrecieron un trabajo en Túnez ... En Túnez... (Ríe. Cambia bruscamente. Muestra la carta.) ¡Pero esto...! ¿Qué quiere decir? ¿Qué soy un sospechoso? ¿Alguien puede pensar que yo...?

(SABINA se hace visible junto a la DRA. CARUANA. Hablan sin que se escuche su conversación.)

Además, ¿no hay uno ya? Y con antecedentes, ¿no? Sí: el enfermero ése...

¡Menudo angelito! Abusos sexuales a una paralítica, decía la prensa. ¿Qué más sospechosos quieren? O entonces, claro: todos somos sospechosos, ¿por qué no? Empezando por los médicos, desde luego. Son tan aburridas las guardias nocturnas... Cuando ingresaron a mi suegro... (Se calla. Repara en que HÉCTOR y ESTELA han desaparecido, lo mismo que la mesa con el ordenador. Está solo, rodeado por la oscuridad. Lejos, SABINA y la DRA. CARUANA siguen dialogando sin que se las escuche. Al fondo, la cama con la mujer inerte apenas se vislumbra, recortada su silueta contra el largo ventanal nuevamente sucio, que ahora se extiende tras la habitación de la clínica. JAIME hace girar su silla de ruedas y

avanza lentamente hacia el lateral por donde entró.) Aquellas noches, velando a ese borracho académico, los veía pasar como sonámbulos, blancos de aburrimiento... ¿O eran verdes? Blancos o verdes, ¿qué más da? Aburridos, soberbios, ignorantes... Incapaces de hacer lo que la arcilla logra sin mover un dedo, lo que la arcilla sabe desde siempre, desde el lecho del río, desde el invierno de las células... Capaces de nada, sospechosos de todo: así los veía pasar, aquellas noches...

(Ha salido de escena. También han desaparecido SABINA y la DRA. CARUANA... no obstante lo cual se escucha ahora, en "off", el diálogo que estaban manteniendo. Al fondo, se ha intensificado algo la luz tras el ventanal.)

VOZ SABINA.- Un bonito nombre... Inés...

VOZ INÉS.- Gracias.

VOZ SABINA.- ¿Puedo tut-...? ¿Puedo tutearte?

VOZ INÉS.- Sí, claro. (Pausa.) Sabina también suena bien.

VOZ SABINA.- A tía solterona.

VOZ INÉS.- (Ríe.) ¡Qué va!

VOZ SABINA.- De ella heredé el nombre: de mi tía solterona. Y me temo que yo...

VOZ INÉS.- Déjame que lo dude. (Pausa.) Tu hermana también debió de ser muy guapa.

VOZ SABINA.- Ella era la guapa y yo, la simpática.

VOZ INÉS.- Porque has venido a hablarme de ella, ¿verdad?

(Silencio.)

VOZ SABINA.- Voy a volver a Viena la próxima semana... o la otra. Tengo un examen dentro de un mes. Te he dicho que estoy estudiando música, ¿verdad? Es un examen muy difícil. ¿Conoces los lieder de Strauss? Son difícilísimos...

(Pausa.) Allí puedo pasar días y días... o a veces hasta un mes o dos... sin pensar en Lucía. ¿No te lo crees? De pronto, un día, me acuerdo de ella... y me doy cuenta de que he estado semanas sin... Te lo juro. Es una sensación... como un sobresalto, ¿sabes? Como si algo te saltara encima desde dentro...

(Tras el ventanal sucio, como si estuviera escrutando el interior de la habitación de la clínica, se distingue la figura de MANUEL, con bata de enfermero.)

VOZ INÉS.- Sí, sé lo que es eso. Una especie de...

VOZ SABINA.- ¿Verdad que sí?

VOZ INÉS.- ... sacudida.

VOZ SABINA.- Y en cambio aquí es al revés: día y noche respirando Lucía, hablando de Lucía, pensando en...

VOZ INÉS.- ¿Y qué es lo que piensas?

(Silencio.)

VOZ SABINA.- Sólo una cosa, una pregunta: ¿siente algo?

VOZ INÉS.- ¿Sentir?

VOZ SABINA.- O pensar, sí. ¿Se da cuenta de las cosas, de lo que pasa a su alrededor? Dentro de ella, en su... en su mente, o donde sea... ¿algo sigue pensando, sintiendo? Por ejemplo: ¿qué sintió cuando la violaron?

VOZ INÉS.- (Tras una pausa.) Es imposible...

VOZ SABINA.- Es imposible, ¿qué?

VOZ INÉS.- Saberlo. No: quiero decir que... es imposible que tuviera conciencia...

VOZ SABINA.- ¿Imposible?

VOZ INÉS.- Cuando el traumatismo afecta al centro cardio-neumo-entérico... ¿Sabes lo que es eso?

VOZ SABINA.- Sí, lo sé. He vuelto a leer los partes médicos de...

VOZ INÉS.- ¿Quieres soltarme el brazo? Me estás haciendo daño.

(Silencio. Sonido amplificado de una puerta que se abre. La habitación de la clínica se ilumina vivamente. Se escucha el silboteo de una canción infantil y al momento entra MANUEL con actitud jovial y aspecto casi atildado. Lleva una tablilla con papeles, frasco de plasma de recambio y otros enseres. La luz del ventanal se ha vuelto nocturna.)

MANUEL.- (A la mujer yacente.) Buenas noches, buenas noches, buenas noches... ¿Cómo está hoy la Bella Durmiente del Bosque?

(Súbita oscuridad y TELÓN RÁPIDO.)

## SEGUNDA PARTE

(La habitación de la clínica, extrañamente amplificada, ocupa prácticamente todo el escenario. La cama, al fondo. Semipenumbra. Parte del ventanal alargado asoma por un lateral del proscenio. A través de la suciedad del cristal se adivina la figura de un hombre sentado, de frente al público, fumando. Se escucha el molesto gemido de la limpieza del cristal y, en efecto, por el lateral del proscenio, a este lado del ventanal, entra el limpia-cristales sin rostro haciendo su trabajo. Al devolver su transparencia al cristal, se descubre que el hombre que fuma sentado es MANUEL. El limpia-cristales llega al límite de la ventana y continúa su trayecto, andando calmosamente, hasta salir por el lateral opuesto. MANUEL termina de fumar y se inclina para apagar el cigarrillo pisándolo. En ese momento, por la puerta de un lateral del fondo, alguien entra en la habitación encendiendo la luz: es el DR. SOTO. Los dos hombres se miran en silencio, MANUEL aún inclinado.)

DR. SOTO.- ¿Qué está haciendo aquí?

MANUEL.- (Irguiéndose sin levantarse.) Acabar mi turno.

DR. SOTO.- Y se viene a fumar... a esta habitación.

MANUEL.- (Con gesto irónico hacia la cama.) No creo que le moleste el humo.

DR. SOTO.- (Tras un silencio.) ¿Cuánto tiempo lleva con nosotros... Manuel? Manuel se llama, ¿verdad?

MANUEL.- Manuel Gamero, sí señor. (Se pone en pie. Pausa.) Manuel Gamero Vega.

DR. SOTO.- (Tras un silencio.) ¿Cuánto tiempo?

MANUEL.- Ocho o nueve meses, no sé... (Pausa.) Diez.

DR. SOTO.- No le gusta este trabajo, ¿verdad?

MANUEL.- ¿Y a usted? (SOTO no contesta.) Claro, no es lo mismo. (Pausa.) ¿Por qué no me iba a gustar? A veces está bien, a veces no tanto... Como todos. (Pausa.) ¿Por qué lo dice?

DR. SOTO.- ¿Qué?

MANUEL.- Que no me gusta esto.

DR. SOTO.- No lo digo. Sólo se lo pregunto.

MANUEL.- Ya. (Pausa.) ¿Y por qué? ¿Por qué me lo pregunta?

DR. SOTO.- Me interesa... tomar el pulso al personal. Es una de mis responsabilidades.

MANUEL.- Claro, claro... (Pausa.) Bueno, pues... me voy. (No se mueve.)

DR. SOTO.- ¿A qué hora termina su turno?

MANUEL.- A las cinco.

DR. SOTO.- (Mira su reloj.) Son casi las siete.

MANUEL.- ¿Las siete? Ya ve... Hay noches en que... Pero no me importa, ¿eh? Ya le digo que a mí, este trabajo...

DR. SOTO.- ¿Tiene familia?

MANUEL.- ¿Cómo? (SOTO no contesta.) Familia, claro... Pero está... cada uno por su lado, ¿entiende? Yo vivo con mi hermano, con un hermano que... Bueno, para qué le voy a contar... El caso es que no está bien. Bebió mucho de joven, se metió de todo, y ahora... no está bien. De la cabeza, quiero decir. Y ahí lo tengo, en casa, hecho un guiñapo. Mucha guerra no da, pero... (Se ríe.) ¿Sabe lo que me pide, a veces, el muy guarro? (Serio.) Bueno, da igual... (Pausa.) Era el menor, y ahora... parece un carcamal. Ya ve qué familia...

DR. SOTO.- Lo siento.

MANUEL.- Pues no lo sienta, porque gracias a lo mal que está, buen pellizco que cobramos. Un medio-primo que tengo, abogadillo él, nos arregló los papeles de forma que... (Se calla.) Bueno, me voy. Le estoy entreteniendo.

DR. SOTO.- (Acercándose a la cama.) ¿Conoce el historial de esta mujer?

MANUEL.- ¿Qué historial? Ah, el historial... (Pausa.) No.

DR. SOTO.- Conviene que lo lea. Es un caso poco corriente. Y, desde luego, el coma más prolongado que hemos tenido en el Centro. Cuando la ingresaron, en febrero del año pasado, llevaba nueve años de clínica en clínica sin.... ¿Ve? (Se inclina sobre la mujer.) Esos movimientos de ojos... Y los labios...

MANUEL.- Sí. Hasta sonidos hace, como si hablara... Y luego, la regla que le viene cada tanto... Sí: la que más muerta está, y la que menos lo parece... (Ríe.)

DR. SOTO.- (Sale de su observación fascinada.) ¿Cómo dice?

MANUEL.- Nada, nada...

DR. SOTO.- (Tras una pausa, para sí.) Sabemos tan poco...

(Cambio de luz y de atmósfera. MANUEL, en el mismo lugar, empieza a quitarse la blusa de enfermero. El DR. SOTO ya no está.)

MANUEL.- Bueno, princesa, pues ahí te quedas hasta mañana, que yo... Y que la otra noche me pilló aquí el doctor Soto, ¿te acuerdas? (Ríe.) Yo creo que está celoso y que anda con la mosca detrás de la oreja... Total, por nada, ¿verdad, princesa? Porque tú y yo, sólo buenos amigos... como le dijo el zorro a la gallina antes de comérsela... (En el respaldo de la silla hay una camisa y una chaqueta, que va a ir poniéndose mientras sigue hablando.) Y la gallina, que de tonta no tenía ni un pelo... Bueno... (Ríe.) Ni una pluma... le dijo, le dijo: "Pues si tan amigos somos, ¿eh?, si tan amigos somos, ¿por qué estás arañando con tus zarpas las puertas del corral?" ... "¿Arañando yo?", le dijo el zorro, "¿Arañando yo, pico-fino? ¿Qué no ves que sólo me estoy aseando las uñas, para cuando me invites?". Y así pasó una hora y otra hora y otra hora, y la noche se iba acabando, y el zorro, dale que te pego, aseándose las uñas, como él decía, y la pobre gallina, más muerta que viva, contando las estrellas que se iban apagando... (Ha terminado de vestirse y, tras lanzar una mirada a la cama, se dirige hacia un lateral, por donde saldrá sin dejar de hablar no se sabe con quién.) ¿Y tú qué? ¿Eh? ¿Y tú qué? A robarme la sombra, ¿no? ¿Te crees que no te veo? ¿Te crees que no te conozco? A un kilómetro te huelo yo a ti, hurgándome las corvas, lamiéndome los pasos, rascándome la sombra, merodeándome, sí, merodeándome... Quítate de ahí, va, déjame paso, lárgate, lárgate ya... (Su voz deja de oírse. La cama gira sobre sí misma y queda encarada hacia el fondo. Hay un cambio de luz y entra ESTELA vestida de calle y llevando un neceser, que deja junto a la cama. Mientras se quita el abrigo y lo deja en una silla, inspecciona de modo casi rutinario la limpieza del cuarto, el dispositivo clínico, la ropa de cama y, finalmente, a la mujer que yace en ella. Sentándose en el borde, abre el neceser y saca accesorios para limpiar, peinar y maquillar a su hija. Efectúa estas tareas con minuciosidad, pero sin aparente sentimiento. Por un lateral del fondo, vestido de piloto civil, entra HÉCTOR hablando por un

teléfono celular. Sonidos de aeropuerto. Tanto por su actitud como por la iluminación que lo baña, es evidente que está en un ámbito distinto. Su comportamiento difiere sensiblemente del que manifestaba en la primera parte.)

HÉCTOR.- ¿Y tú le haces caso? Pues, la verdad, chico: no te entiendo.... ¿Después de cómo se portó la última vez?... ¿Que no te acuerdas? Si casi nos revienta la huelga... Claro que fue él, con su moralina, y esos aires de... No, desde luego: directamente no. Eso es lo que más me jode: que nunca dé la cara... Sí: él siempre habla en general, y con grandes palabras: que si principios, que si responsabilidades... Pero lo que es, es un vendido... Está bien, no será un vendido, pero no me negarás que... ¿Cuándo?... Bueno, sí: aquella vez sí que dio la cara, pero... No, me parece normal que lo defiendas, para eso es tu hermano, pero que te dejes convencer por él... ¿Seguro?... Pues cualquiera diría que... (Por otro lateral -y con otra iluminación- ha entrado SABINA con un escaso y provocativo atuendo de camarera. Lleva, en efecto, una bandeja repleta de copas, vasos y botellas que tintinean notoriamente. Ambiente sonoro de bar nocturno. Los altos tacones dan a su andar zigzagueante cierta inestabilidad. HÉCTOR sigue hablando por el celular sin que se le escuche. SABINA se detiene, aturdida, y decrece el ambiente sonoro.)

SABINA.- Mesa catorce: tres Langenloiser... Mesa dos: el Vöslauer... Mesa nueve: una Grösser... No: eso es la mesa dos también... La mesa nueve es... La mesa nueve, ¿qué? Ah, sí: el hielo. Hielo para la mesa nueve y el kapuzine para la trece... ¿Por qué me lo dijo, si no es verdad? Y él sabe que no es verdad, que mi voz... Iré a hablar con él. Mañana mismo. Y le diré: Herr Profesor, usted no es justo conmigo. Usted sabe que... usted conoce todos los colores de mi voz, y siempre me... muchas veces me... más de una vez me puso como ejemplo de una voz sin grietas, ¿no? Entonces, ¿por qué dice que no puedo con Strauss?... Claro que puedo, y él lo sabe... El Sazerac es para la seis, con menos whisky... Y aunque no pudiera, ¿por qué me lo dijo? ¿Qué le costaba dejarme la ilusión... la confianza de que sí puedo? Llevo tres años en... casi cuatro años aquí, lejos de mi casa, de mi familia, de... (Pausa. Cesa de golpe el ambiente sonoro.) ¿Lejos? ¿Has estado cerca alguna vez? ¿Cerca de algo?



(Reaparece el sonido del bar nocturno y borra su voz. Se desplaza dificultosamente entre las mesas imaginarias. El ruido de un avión despegando apaga el sonido del bar y vuelve la atmósfera sonora del aeropuerto. HÉCTOR tiene problemas de escucha con su teléfono celular.)

HÉCTOR.- (Fuerte.) ¿Cómo dices? ... No te escucho bien... ¿Qué?... Espera, a ver si... (Se desplaza.) ¿Me oyes mejor? Yo a ti algo, no mucho, pero... No: en Santo Domingo... (Ríe.) Sí, claro... ¿Quieres algo?... (Ríe.) ¡Vaya, con el puritano!

(Cambio de ambiente sonoro.)

SABINA.- (Deteniéndose.) Sí, eso es... (Ríe.) Yo estaba buscando el número nueve de la Spiegelgasse... Allí fue donde Schubert compuso la Incompleta... La Sinfonía Incompleta... Pero no recordaba por qué... No sabía para qué debía encontrar esa casa, el número nueve de la Spiegelgasse... (Ríe.) Y además... además estaba muy lejos de allí... en la Gumpendorfer, creo... Sí: en la Gumpendorfer Strasse... Aunque, no sé cómo, veía el Roter Engel a mi derecha, lleno de gente, con música en vivo... y eso que no era de noche... Y yo preguntaba por el número nueve de la Spiegelgasse... y nadie me entendía, aunque hablaba perfectamente el alemán, y yo a ellos sí... (Ríe.) Y pensaba: "Ahora me encontraré con mi madre y me llevará hasta allí..."

(Cambio de ambiente sonoro.)

HÉCTOR.- (Al celular, hostil.) Te estás equivocando, Raúl, te estás equivocando, y mucho... No: óyeme tú a mí... Eso son melindres de sindicalista rancio. Aquí no hay convenios ni componendas que valgan. O sí o no. Y ya no hay nada que negociar. Los tenemos cogidos por los huevos... ¿Y quién eres tú? ¿Quién es tu hermano? Os quedáis en medio y estáis muertos, ¿me oyes? Muertos. ¿Leíste lo de Tokio?... Pues ya lo sabes. Ya sabéis tú y tu hermano lo que pinta un "sí pero no"... ¿En Lufthansa? ¿Qué?... ¿Ah, sí? ¿Y qué pasó con esa media docena? Seguro que a estas alturas están tan muertos como tú...

(Desde la cama de la clínica, ESTELA se incorpora y grita: "¡Enfermera!. HÉCTOR y SABINA desaparecen, y se borran también sus respectivos ambientes lumínicos y

sonoros. Una luz fría baña la gran habitación. ESTELA se dirige hacia la puerta, la abre y vuelve a gritar.

ESTELA.- ¡Enfermera! (Extraños ecos amplifican y multiplican su llamada. Por otro lugar de la habitación aparece la DRA. CARUANA.)

INÉS.- No necesita gritar. Hay un audífono al lado de la cama. (Va hasta la cabecera e inspecciona los recipientes e indicadores.)

ESTELA.- (Acudiendo también junto a la cama.) ¿Es usted la encargada de esta sección? Voy a hablar con el director, pero antes... (Le muestra algo que lleva en la mano.) ¿Puede explicarme qué significa esto?

INÉS.- (Apenas mirándola.) ¿Qué es?

ESTELA.- Eso quisiera yo saber. Parecen... ¡huesos de cerezas!

INÉS.- ¿Huesos de...?

ESTELA.- Sí: de cerezas. ¿Y sabe dónde estaban?

INÉS.- ¿Quién es usted?

ESTELA.- (Señala la cabecera de la cama.) ¡Ahí! Entre las sábanas, debajo de la almohada y... ¡en el pelo de Lucía!

INÉS.- (Tras una pausa, observando los huesos.) ¿Es usted su madre?

ESTELA.- ¿Me puede explicar cómo es posible esto? ¿Qué clase de cuidados...? Desde luego, el director me va a oír, pero antes...

INÉS.- Mucho gusto. Soy la doctora Caruana, la nueva Jefe del Servicio de Rehabilitación. Desde hace un mes. ¿Cómo es que no nos hemos visto antes?

ESTELA.- ¿La Jefe de...? Bueno, he estado fuera unas semanas y... En Canadá... por mi trabajo... Pero dígame cómo se explica...

INÉS.- (Por los huesos.) Es algo muy desagradable, créame... Y no lo entiendo. El personal es de absoluta confianza. De los crónicos hacemos dos revisiones diarias y, como es natural, la limpieza la...

ESTELA.- ¡Huesos de cereza! ¿Se da cuenta? Algo que se chupa, que se tira a la basura...

INÉS.- Sí, es lamentable, lo siento, no comprendo cómo... quién ha podido... ¿Sabe si ha venido a verla algún otro familiar, estos días?

ESTELA.- ¿Qué pretende insinuar? ¿Que mi marido...?

INÉS.- No, perdone, no quería decir eso... Pensaba en... no sé... algún pariente... lejano... con niños... Es tan extraño que una persona normal, un adulto, pueda...

(Brusco cambio de luz. Ulular de sirenas. ESTELA desaparece. La DRA CARUANA avanza hasta el ventanal, que aún asoma por un lateral del prosenio. Como intentando comunicar con alguien que estuviera al otro lado -en la sala-, golpea el cristal, se desplaza agitada y pronuncia frases ininteligibles, articulando exageradamente. Las sirenas no cesan hasta que, en sus desplazamientos, sale por el lateral, siempre tratando de hacerse ver y oír a través del cristal. Han entrado, por el lateral opuesto del prosenio, JAIME y MANUEL, éste empujando la silla de ruedas de aquél.)

MANUEL.- ... Aquí se pierde uno fácil. Yo tardé más de una semana en aclararme...

JAIME.- (Por la silla.) Y este motor de mierda... Es la tercera vez que me falla.

MANUEL.- Quería ir a Neurocirugía y aparecía en Obstetricia... (Ríe.)

JAIME.- (Volviéndose.) ¿Qué?

MANUEL.- Nada, nada...

JAIME.- ¿Obstetricia? (Ríe.)

MANUEL.- (Detiene la silla.) ¿Qué le pasa al motor?

JAIME.- A saber... La técnica no es lo mío.

MANUEL.- (Inspeccionando el motor.) ¿Y qué es?

JAIME.- ¿Qué es, qué?

MANUEL.- Lo suyo.

JAIME.- ¿A qué me dedico?

MANUEL.- Algo hará, ¿no?

JAIME.- Sí...

MANUEL.- (Por el motor.) Parece cosa del reóstato...

JAIME.- Consultor de crisis.

MANUEL.- No, digo el reóstato... En el arranque...

JAIME.- (Ríe.) Yo digo lo mío, mi trabajo... Se llama consultor de crisis.

MANUEL.- ¿De crisis?

JAIME.- Una consultoría, sí. Cuando una empresa tiene una crisis de imagen...

MANUEL.- (Ríe.) ¡Crisis de imagen!

JAIME.- Sí... Algo que perjudica... o puede perjudicar la opinión que la gente tiene de la empresa...

MANUEL.- ¿Qué gente?

JAIME.- El público... La opinión pública, los clientes... A veces, los medios de comunicación se encabronan por...

(El motor de la silla, manipulado por MANUEL, se pone en marcha un momento y vuelve a fallar.)

MANUEL.- ¿Ve? ¿Qué le decía? Es el reóstato que...

JAIME.- ¿Dónde están los crónicos?

MANUEL.- ¿Cómo?

JAIME.- La sección de pacientes crónicos, ¿dónde...?

MANUEL.- Arriba. En el piso de arriba. Justo encima de nosotros.

(El motor funciona de nuevo unos segundos. JAIME mira hacia arriba.)

Pero usted buscaba Urología, ¿no? ¿No me ha dicho que habían ingresado a su padre?

JAIME.- ¿Qué?... No: a mi suegro. Estaba buscando a mi suegro, que ayer tuvo un...

MANUEL.- ¿Una crisis de imagen? (Ríe.) No, perdone... Un ataque nefrítico, ¿no?

(El motor funciona de nuevo. JAIME hace avanzar la silla de ruedas. MANUEL queda en cuclillas, limpiándose las manos. Habla como si JAIME no estuviera alejándose.)

A esas edades, los riñones siempre traen problemas. Toda la vida filtrando basura, ¿qué no se pudre? (Pausa.) Mires donde mires: nefrosis. (Pausa.) Esa empresa suya, por ejemplo, con esa... crisis de imagen que tiene, ¿no? (Ríe.) Pues es lo mismo: tanta basura que, al final, nefrosis. (JAIME ya ha salido de escena.) Se le pudren los riñones y el público lo nota. Y los periodistas, que huelen la mierda a mil kilómetros... (Pausa.) O mi hermano, por ejemplo, que lo

que tiene podrido es el cerebro... Aunque también el reóstato se le jode a veces...(Ríe.) Tendría que conocerlo... Le iría bien conocer a mi hermano, sí, para darse cuenta de lo que es estar podrido. Podrido y acabado...

(Por el fondo, más allá de la cama, se distingue a JAIME en su silla de ruedas, que atraviesa lentamente el escenario.)

Seguro que entonces no se quejaba tanto... Porque no me diga que no se queja. No me diga que le da igual verse así, partido por la mitad... y a su edad. A eso no se conforma nadie. ¿Qué fue? ¿Un accidente? Seguro que fue un accidente, la gente como usted... ¿Se da cuenta? Esa palabra, "accidente"... ¿se da cuenta de cómo suena? "Accidente"... ¿Lo nota? Siempre que la digo... o que la oigo, pienso: Esa palabra... no sé... tiene algo raro, sospechoso... Como si tuviera... doble sentido, o algo así... "Accidente", ¿verdad?, qué cosa...

(Calla. Se pone en pie y se desentumece las piernas. JAIME ha salido ya por el fondo. MANUEL mira hacia lo alto y cambia la luz: oscuridad en el proscenio y vaga claridad en torno a la cama de Lucía. Mientras saca y enciende un cigarrillo, se aproxima a la cama, mira el cuerpo yacente y luego, dirigiéndose a la puerta del cuarto, la abre, inspecciona el exterior y la cierra. Queda apoyado en la puerta, fumando, mirando a la mujer. Tras un silencio, deja escapar una breve risa.)

Tú, en cambio, ¿eh, princesa?, tan enterita... ¡y fresca como una rosa! Nosotros pudriéndonos, y tú... ahí durmiendo, esperando a que venga el príncipe, ¿eh?, a que venga el príncipe y te dé un beso de los que quitan el aliento... un beso de esos que te chupan hasta el alma y te dejan la lengua fuera, toda magullada... Y entonces... ¡chas! A despertarse... ¡y mira qué bien! "Mira que príncipe tan guapo, y qué gusto me ha dejado en la boca... Ya ni me acordaba de lo que era eso... A ver, a ver... ¿Qué más cosas sabes hacer, principito, principote? ¿Qué más cosas me vas a hacer para acabar de despertarme?"... Pues mira, princesita: ni te lo imaginas. Ni te imaginas la de cosas que sé hacer...

(Empieza a andar hacia la cama, con las manos en los bolsillos y el cigarrillo en la boca. Se le entiende con dificultad.)

"Ah, ¿sí? ¿Y qué me vas a hacer? ¿Me vas a contar un cuento?"... Eso mismo: te

voy a contar el cuento de la Bella Durmiente del Bosque... Eso lo primero. Primero te cuento el cuento, y luego... ya verás, ya verás luego la de cosas que te voy a hacer...

(Se ha situado junto a la cama, de espaldas al público. Por sus movimientos podría suponerse que se está masturbando.)

Eso es: tú quédate así, con los ojos medio abiertos, que parece que me veas y todo... Y la boca también, medio abierta, con ese tubo tan feo que te han metido, pobrecita, eso habrá que arreglarlo... Pero luego; primero el cuento, ¿eh?, primero vamos con el cuento... Que bien sé cuánto te gustan... y cómo te suben la humedad, mis cuentos..

(Por un lateral del proscenio, delante del ventanal, entra ESTELA, vestida con prendas holgadas y llevando una esterilla que despliega en el suelo. Se sienta en ella con las piernas cruzadas y las manos reposando sobre las rodillas, en una postura similar a la del "loto". Permanece así, con los ojos y la boca entreabiertos, respirando profunda y lentamente. MANUEL no ha interrumpido su monólogo.)

... Sobre todo éste, ¿verdad?, el de la Bella Durmiente, que te va como anillo al dedo... (Ríe.) ¡Eso mismo! Como anillo al dedo... o como dedo al anillo... (Ríe.) Pues érase una vez que se era un rey que no tenía hijos... O sea: pasaba que la reina no podía tenerlos... o que el rey no podía hacérselos, vaya usted a saber de quién era la culpa... Esas cosas en los cuentos no se explican...

(Su voz es gradualmente interferida por el sonido de varios instrumentos de cuerda que son afinados simultánea y cacofónicamente.)

Pero el caso es que un día va y se queda preñada... y no me preguntes por qué, que no me acuerdo... Pasó algo con una rana, pero no me acuerdo...

(Mientras el sonido aumenta -borrando la voz de MANUEL-, la luz disminuye en torno a la cama y aumenta sobre ESTELA. También lo hace en otra zona del escenario, permitiendo ver a SABINA, muy abrigada, que parece buscar a alguien. Cuando descubre a ESTELA en el proscenio, cesa bruscamente el sonido de los instrumentos y se hace el silencio.)

SABINA.- (A ESTELA, muy insegura.) Tenemos que hablar, mamá.

ESTELA.- (Sin mirarla ni abandonar su actitud.) ¿Hablar? ¿Qué quieres decir?

SABINA.- Hablar, mamá. Tengo que hablar contigo.

ESTELA.- (Idem.) Muy bien, Sabina. Llámame por teléfono.

SABINA.- No, mamá. Por teléfono, no.

ESTELA.- ¿Por qué no?

SABINA.- Por teléfono, no. Quiero que hablemos cara a cara, mirándonos.

ESTELA.- Pero eso no puede ser, hijita. Tú estás en Viena y yo... aquí.

SABINA.- Mirándonos y tocándonos. Quiero tocarte... y que me toques.

ESTELA.- ¿Qué cosas tienes! ¿Tocarnos, con tantos kilómetros de por medio?

SABINA.- (Tras una pausa.) Sí.

ESTELA.- Ya me gustaría, desde luego... Pero es imposible. Estamos muy lejos. Ni vernos podemos, ¿cómo vamos a tocarnos? Llámame por teléfono... pero en otro momento. Ahora estoy haciendo meditación.

SABINA.- (Mira a su alrededor.) ¿En Viena? ¿Y qué hago yo en Viena? (Pausa.) Di, mamá: ¿qué estoy haciendo en Viena? ¿Por qué Viena?

ESTELA.- ¿Qué?

SABINA.- ¿No me oyes?

ESTELA.- No, Sabina. No te oigo. No puedo oírte porque estamos muy lejos.

SABINA.- ¿Verdad que sí?

ESTELA.- Pero ya falta poco para Navidad. Entonces vendrás a casa y podremos hablar. (Pausa.) ¿De qué?

SABINA.- ¿Y tocarnos? (Pausa.) ¿Nos tocaremos, mamá?

ESTELA.- (Tras una pausa.) ¿Por qué te quejas tanto? Siempre te estás quejando. Nadie te obligó... nadie te mandó que te fueras a Viena.

(En otra zona del escenario ha aparecido HÉCTOR, cepillando la chaqueta de su uniforme de piloto.)

HÉCTOR.- (A SABINA.) Yo nunca me quejo. Y motivos no me faltan... (A ESTELA.) ¿Verdad, cariño?

ESTELA.- Es verdad: tú no te quejas nunca. (A SABINA.) ¿Te das cuenta, Sabina? Tu padre no se queja. En cambio, tú...

HÉCTOR.- Ahora, por ejemplo. ¿Sabes dónde estoy?

SABINA.- (A ESTELA.) Yo, ¿qué?

HÉCTOR.- ¡En Antofagasta! (Ríe.) ¿Te das cuenta? ¿Qué se me ha perdido a mí en Antofagasta?

ESTELA.- ¿Dónde está Antofagasta?

HÉCTOR.- Nada. No se me ha perdido nada. ¿Crees que no preferiría estar en casa, con mamá?

SABINA.- ¿Y conmigo? ¿Preferirías estar en Viena conmigo?

ESTELA.- Claro que sí. Pero pronto estaremos todos juntos. En Navidad, que ya está ahí. (Pausa.) Los cuatro.

(Silencio. Se escucha el murmullo del cuento que sigue contando MANUEL.)

SABINA.- ¿Dónde está Antofagasta, papá? ¿Más lejos que Viena?

ESTELA.- Nunca habremos estado tan juntos los cuatro como estas Navidades.

HÉCTOR.- La niebla lo cubre todo. No creo que podamos despegar. (Pausa.)

¿Lejos? Y yo qué sé... Con esta niebla, todo está lejos y cerca. Algún día, créeme, la distancia te habitará, Sabina. Y entonces...

SABINA.- ¿Me estás amenazando? (Pausa.) Di, papá: ¿es eso una amenaza? ¿O una promesa? Por favor: no me prometas nada que no puedas cumplir. (Pausa.)

¿Sabes a qué me refiero? Cuando me llevasteis a ver a Lucía, el día de mi cumpleaños, y yo... ¿Cuántos? ¿Catorce... o trece? A mí me daba miedo verla, ¿te acuerdas? Yo no quería ir, era mi cumpleaños y ella, para mí, estaba muerta. Tú me prometiste...

ESTELA.- ¿Con quién estás hablando?

SABINA.- Me dijiste... ¿te acuerdas?... "Nunca te obligaremos a verla. Iremos sólo cuando tú quieras..."

HÉCTOR.- Mar y desierto.

SABINA.- ¿Qué?

HÉCTOR.- Entre el mar y el desierto. Aquí, digo: en Antofagasta. En medio de la niebla, entre el mar y el desierto... Esta es la situación, ¿entiendes, Sabina? ¿Qué me hablas de amenazas y promesas? ¿Cómo voy a prometerte algo, si ni sé cuándo podremos despegar?

ESTELA.- Te afanas por cosas que no permanecen, Sabina. Ése es tu problema: el



samsara. Sigues atrapada en el reino de la ilusión...

SABINA.- ¡Pero estoy viva, mamá!

ESTELA.- Todos lo estamos. Y Lucía también. La muerte no existe, ¿podrás entenderlo alguna vez?

(Brusco cambio de luz. Un delgado haz cae sobre MANUEL, ahora cara al proscenio, que fuma y canta provocativamente a alguien: "Guantanamera... guajira guantanamera..." Casi simultáneamente entran el DR. SOTO y la DRA. CARUANA, en chándal, haciendo ejercicios gimnásticos. SOTO intenta abrazar a CARUANA.)

INÉS.- (Rechazándolo.) No, ya te lo he dicho. Déjame.

DR. SOTO.- ¿Por qué?

INÉS.- Y explícame eso... ¿Flexibilizar la...?

DR. SOTO.- Dime por qué no.

INÉS.- ¿Estás hablando de reducción de personal?

DR. SOTO.- ¿No soy tu tipo? ¿Te doy asco? ¿Eres lesbiana?

INÉS.- ¿Qué dices? Cambia de disco y explícame.

DR. SOTO.- Algún motivo tendrás.

INÉS.- Varios.

DR. SOTO.- Adelante. ¿Primero...? (Espera.)

INÉS.- ¿Qué?

DR. SOTO.- Empieza la lista de motivos. Primero...

INÉS.- No seas pesado. Lo que quiero saber...

DR. SOTO.- ¿Que soy tu jefe? ¿Que soy más joven que tú? ¿Que estoy casado?

INÉS.- ¿Estás casado?

DR. SOTO.- No estoy casado.

INÉS.- ¿Quieres dejar quietas las manos?

(Siguen con los ejercicios.)

DR. SOTO.- De veras: no lo estoy. Vivimos juntos una semana al año. Como mucho, dos. Pero es un puro...

INÉS.- (Estallando.) ¡Me importa una mierda tu vida personal! ¡Dime de una vez qué es eso de "flexibilizar la plantilla"! (Se calma en parte.) ¿A cuántos vas a

poner en la calle? ¿Y de qué secciones?

DR. SOTO.- Tranquila, pantera... Yo no voy a poner en la calle a nadie. Es el Consejo de Administración quien...

INÉS.- ¿Cuántos?

DR. SOTO.- Estás tan buena...

INÉS.- ¿Cuántos?

DR. SOTO.- No dieron cifras. Sólo porcentajes.

INÉS.- ¿Porcentajes? Tú sabes que vamos mal de personal auxiliar, que hay secciones donde... Lo de las cerezas, por ejemplo...

DR. SOTO.- A mí no me cantes. Esto no es una casa de beneficencia.

(La voz de MANUEL se hace audible.)

MANUEL.- (A un invisible interlocutor.)... Te vas a poner celosa, enana... porque tengo una novia que... Más mujer que tú, desde luego. Y además no salta tanto como tú, que no paras... (Ríe.) Bueno...la verdad es que no salta nada. Ahí se está, bien quietecita, mientras yo...

(Suenan unos golpes metálicos en un lateral.)

¡Sí, ya voy! ¡Aún no es la hora! Y si es la hora, te esperas...

INÉS.- (A SOTO.) ¿Quién habla de beneficencia? Es la eficiencia lo que me...

DR. SOTO.- ¿Preocupa?

INÉS.- ... Interesa. Y a ti, como Director Clínico...

DR. SOTO.- Oye...Nadie te obligó a pasarte a la privada...

INÉS.- No te pongas cínico. Además: ¿no se supone que esa es su ventaja?

DR. SOTO.- ¿Qué ventaja?

MANUEL.- (Hacia el lateral.) ¿Tienes un reloj en la cabeza, o qué? Eso es lo que más me jode: para unas cosas no te funciona, pero para la hora, ¿eh?... Te los quité todos, pero tú... se ve que te metiste uno en la cabeza y... tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac... ¡Riiiiing! ¡La hora! No te jode... Pues, ¿sabes lo que te digo? Que hoy no vienes conmigo, ya está. Te quedas aquí y no vienes. ¿Qué te has creído? ¿Que nos la vamos a estar repartiendo toda la vida? ¡Estaría bueno! De ahora en adelante, para mí solito... Y además, que me estoy jugando el puesto. El otro día, entérate, va Félix y me pregunta: "Oye, ¿tú para qué te traes a tu

hermano a las guardias?" ... ¿Te das cuenta? Me la estoy jugando...

(Cambio de luces. El limpia-cristales sin rostro atraviesa la escena cargado con dos cubos de agua jabonosa, que se le va derramando al andar. Se hace visible JAIME en su silla de ruedas, leyendo una carta. En otro lugar, SABINA, ya sin las ropas de abrigo, la está escribiendo. Las hojas de ambos son idénticas.)

JAIME.- (Leyendo.) "...aunque no me contestes. Pero si no te escribiera, estaría segura de haberme quedado estancada en un pedregal..." (Pausa. Sigue leyendo.) "La verdad es que a veces lo pienso, y entonces lucho por convencerme de que no es así. Por eso te escribo contándote tantas cosas que hago, y todo lo que estoy avanzando en lo mío, que a veces tampoco sé si es esto, lo mío, o sea cantar. Pero si no canto, ¿cómo voy a hacerme escuchar?... (Sigue leyendo en silencio.)

SABINA.- (Escribiendo.) "... Y te burlabas siempre de lo callada que era, o por lo menos me lo decías de un modo que a mí me lo parecía. Pero lo que me pasaba de verdad no te lo podía explicar, porque era una mocosa y porque no lo sabía como ahora. Lo sentía, pero no lo podía explicar, ni siquiera a mí misma. Pero era eso: tener el silencio de Lucía enterrado en mi cuerpo, como si mi cuerpo fuera la tumba del silencio de Lucía, ¿entiendes? " (Pausa. Sigue escribiendo.) "Estas Navidades voy a pasarlas en casa, mis padres me están insistiendo mucho. Si pudiéramos vernos, te lo explicaría mejor..." (Pausa. Sigue escribiendo.) "También a mis padres quiero decirles unas cuantas cosas, aunque no les importe, aunque no me escuchen. Porque ya es hora de que comprendan que yo..."

(La luz, que sólo bañaba débilmente a SABINA y a JAIME -más la tenue claridad sobre la cama-, crece en intensidad y se expande por toda la escena. Es, no obstante, una claridad plomiza y turbia que, al revelar la presencia de todos los personajes -excepto el limpia-cristales-, convierte la habitación de la clínica en un lugar inhóspito. Al percibir el cambio de atmósfera, SABINA deja de escribir y calla, mirando como furtivamente en torno suyo. Los demás personajes permanecen inmóviles, fija la vista en los charcos de agua que dejó a su paso el limpia-cristales. Tras un largo silencio, suenan, lejanas y entremezcladas,

diversas músicas navideñas. Ello provoca la gradual movilización de todos los personajes, que inician trayectorias zigzagueantes de ritmos distintos y variables. En sus desplazamientos, nadie interactúa con nadie. A menudo salen de escena y, cuando vuelven a entrar, han cambiado o están cambiando algo de su indumentaria. Del fondo sonoro comienza a destacarse una llamada telefónica que va aumentando de intensidad a cada timbrado. Se apagan las músicas navideñas, excepto una, apenas audible. El timbre del teléfono, en cambio, alcanza un volumen casi insoportable, al tiempo que van cesando los desplazamientos de los personajes. Silencio. Inmovilidad general. Se escucha el largo rodar de una bola y, al final, el sonido de los bolos cayendo. Al instante, la voz de ESTELA, en "off".)

VOZ DE ESTELA.- ¿Dígame?... Sí, aquí es... Soy yo, ¿quién me llama?... Ah, doctor, ¿cómo está?... Sí, claro... ¿Ahora mismo? ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido alguna...? ...No, él no está. Llega esta noche... ¿Qué análisis?... Pero, ¿le ha ocurrido algo, hay al-...? Está bien, está bien. Voy ahora mismo... ¿Cómo?... Sí, ya, por las fiestas... Está igual todo el centro, iré por la Avenida y luego... Pero, ¿no me puede decir de qué se trata?... ¿Qué clase de incidencia? ¿Qué quiere decir "incidencia"? ¡Dígame si sigue viva o...! Ya... Voy para ahí... ¿Por dónde?... Ah, sí: mejor.

(Comienza a escucharse el latido leve y rápido del corazón de un feto. No cesará hasta que se indique.

La siguiente secuencia tiene tres posibilidades de resolución escénica:

- manteniendo a los personajes inmóviles en distintos emplazamientos;
- agrupándolos en función de sus interacciones dialogales;
- estableciendo series de desplazamientos aleatorios.)

INÉS.- ¿Te digo la verdad? (Silencio.) Gustavo...

DR. SOTO.- ¿Qué?

INÉS.- ¿Quieres que te diga lo que pienso de verdad?

DR. SOTO.- No.

INÉS.- Siempre me pareció algo... antinatural. Sí, desde que me hice cargo de la Sección. Morboso, incluso. Y creo que te lo dije...¿Diez años? ¿Qué sentido tiene?

DR. SOTO.- ¿Te parece un buen momento para verdades? Debe de estar por llegar.

INÉS.- Diez años sin ninguna evolución, sin ningún...

DR. SOTO.- La familia manda, Inés.

INÉS.- Claro: y mientras pague...

DR. SOTO.- Para ellos sí que tiene sentido. Y eso es lo que pagan.

INÉS.- ¿El sentido?

DR. SOTO.- ¿Te parece poca cosa?

INÉS.- Me parece... cinismo, por tu parte.

DR. SOTO.- La muerte, en cambio, no tiene sentido. Y por eso es gratis aquí.

-----

ESTELA.- Tengo pesadillas.

DR. SOTO.- ¿Qué?

ESTELA.- Últimamente tengo pesadillas. No estoy en paz conmigo misma.

INÉS.- Señora...

ESTELA.- Esto es una pesadilla. Estoy en una pesadilla. Voy a despertar y...

DR. SOTO.- Comprendo que le resulte increíble, terrible... También nosotros...

ESTELA.- Ustedes... ustedes no estarán aquí cuando despierte.

INÉS.- Siéntese, por favor...

ESTELA.- ¡No me toque!

DR. SOTO.- Puede tener la seguridad de que este... crimen, sí... este crimen abominable no va a quedar sin...

ESTELA.- No, no, no, no, no... Dígame que no, que no es posible, que hay un error, que ese... que esos análisis no...

DR. SOTO.- Por desgracia...

INÉS.- Y está también la ecografía.

ESTELA.- ¿De cuatro meses? ¿Ha dicho... de cuatro meses?

INÉS.- O cinco, casi. Pero puede interrumpirse. (Pausa.) El embarazo puede... ¿Me escucha?

ESTELA.- Voy a despertar y no estaré aquí.

-----

HÉCTOR.- ¡Sí, sí, sí! ¡Me doy cuenta! Pero déjame pensar, por favor... Déjame un momento para... Esa niña, esa pobre niña, allí... Qué horror, qué... qué asco. ¿Quién ha podido...? ¿Cómo alguien ha...? ¿Qué está pasando, Estela? ¿Qué está pasando en... en el mundo? Algo así no puede... no podía... algo así nunca...

-----

DR. SOTO.- ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Me estás acusando de algo?

INÉS.- No importa.

DR. SOTO.- Sí, anda: suéltalo.

INÉS.- Vamos primero a preparar esa conferencia de prensa. Que no va a ser fácil...

DR. SOTO.- Mira, Inés: si a mí me cortan la cabeza, comprenderás que la tuya...

INÉS.- Lo sé. Es mi Sección.

DR. SOTO.- O sea, que tenemos que hacer frente común, sin fisuras. (Pausa.)

¿Qué tienes contra mí?

INÉS.- Reducir el personal para aumentar la eficacia, decías...

DR. SOTO.- De ese asunto, ni una palabra más, ¿me oyes?

-----

HÉCTOR.- Asco... y odio, ¿comprendes? Sí, Estela : odio, ganas de matar. Nunca lo...

ESTELA.- Cálmate, Héctor.

HÉCTOR.- No, no. Si estoy tranquilo. Sólo que... nunca había sentido... ganas de matar. Es una cosa... una sensación en las manos. Mira: tiemblan un poco, ¿verdad? Es eso, son... las ganas de matar, aquí, en las manos... casi se ven. Pensar que alguien, un hombre...

ESTELA.- Me duele el vientre.

HÉCTOR.- Lucía allí, tan... desvalida, indefensa como... ¿Te lo imaginas? Y llega un hombre y...

ESTELA.- No.

HÉCTOR.- ¿Qué?

ESTELA.- No puedo imaginármelo. No quiero. Y cállate.

HÉCTOR.- Estela, por favor...

ESTELA.- Esa escena... Ese hombre... o bestia... acercándose a Lucía... No quiero.

HÉCTOR.- Eso digo... Eso quiero decir... Y este odio que...

-----

SABINA.- Creía que vendríais a buscarme. No, no es un reproche, pero...

ESTELA.- Sabina, hija...

SABINA.- Me he pasado casi una hora en el aeropuerto, esperándoos.

HÉCTOR.- Compréndelo, Sabina. Estamos...

SABINA.- Sí, ya sé. Es horrible. (Pausa.) Pobre Lucía...

ESTELA.- Y pobres de nosotros.

HÉCTOR.- ¿Has comido algo? ¿Tienes hambre? ¿Te preparo un...?

SABINA.- No, papá. Gracias. (Pausa.) Alfombra nueva, ¿no?

-----

INÉS.- ¿Y cómo es que no constaba en su ficha?

DR. SOTO.- No pedimos informes policiales, sino laborales.

INÉS.- Pero esto... Dos denuncias por abusos sexuales...

DR. SOTO.- Sobreseídas por falta de pruebas.

INÉS.- ¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas hacen falta para...?

-----

SABINA.- No: estoy trabajando una canción de cuna.

ESTELA.- ¿Una canción de...?

SABINA.- Sí: "Wiegenlied", canción de cuna. De Strauss. Es... es muy difícil. Y tengo que presentarla en febrero.

HÉCTOR.- Canción de cuna... ¿Y cómo es?

ESTELA.- Héctor, por favor...

-----

DR. SOTO.- ¡Gamero! ¡Gamero!

MANUEL.- ¿Sí?

DR. SOTO.- ¿Se iba?

MANUEL.- Mi hermano... Tengo un problema en casa.

DR. SOTO.- Aquí también.

MANUEL.- (Tras una pausa.) ¿Sí?

DR. SOTO.- Le estamos buscando. ¿No se lo han dicho?

MANUEL.- Bueno... Hay mucho lío...

DR. SOTO.- ¿Lío, lo llama? Vamos a mi despacho. Tenemos que hablar.

MANUEL.- Ya le he dicho que mi hermano...

DR. SOTO.- ¿Prefiere declarar primero en comisaría?

-----

ESTELA.- ¿Por qué no?

HÉCTOR.- No sé, esa gente... Lo negocian todo entre ellos, y luego...

ESTELA.- Morín es más que un abogado: es un amigo. Y decano del Colegio de...

HÉCTOR.- Además, eso: está muy mayor.

ESTELA.- ¿Qué quieres? ¿Tener que tratar nosotros con la clínica, con la policía, con la prensa...?

SABINA.- A mí me parece que...

ESTELA.- Yo no quiero ensuciarme las manos ni... el pensamiento. Con la mente limpia podré llegar a ella, estar con ella...

SABINA.- Yo creo...

ESTELA.- Me necesita más que nunca.

HÉCTOR.- Esta mañana, en la clínica... cada enfermero que veía, pensaba: ¿será él? (Pausa.) Todos parecían... gente normal... seres humanos...

SABINA.- ¿Dónde estoy?

-----

JAIME.- Pero, ¿eso es posible? Quiero decir: biológicamente... físicamente posible... o como se diga. Un cuerpo muerto, ¿puede dar vida? ¿Me entiendes?

SABINA.- Lucía no está muerta.

JAIME.- Como si lo estuviera. Es vida... artificial. Sin todos esos tubos, ¿qué?

SABINA.- A ti te salvaron... artificialmente, también.

JAIME.- ¿Qué dices? Nada que ver. Yo sólo estuve... tres o cuatro días inconsciente...

SABINA.- En coma.

JAIME.- Llámalo como quieras. Pero salí. Me agarré a la vida... por mis propios



medios. La Naturaleza dijo: tú sí.

SABINA.- Y ella no.

JAIME.- Exacto: y ella no. (Silencio.)

SABINA.- ¿Las leías, por lo menos? (Silencio.) Mis cartas...

JAIME.- Qué cosas tienes...(Pausa.) Claro que sí. Y luego las quemaba.

SABINA.- En cambio yo, ya ves: no necesité quemar las tuyas.

JAIME.- ¿Cuáles?

-----

MANUEL.- ¿Y usted qué hace aquí, eh? Diga, doctor: ¿qué pinta ella aquí? Este es un asunto... de hombres, para hablar entre hombres... Si me acusan, yo me defiendo...y con detalles, si es preciso. Sé muchas cosas que... Pero esas cosas, esos detalles... son para hablarlos de hombre a hombre. A una mujer, yo... aunque sea jefa del Servicio, ¿verdad, doctor?... Usted sabe a qué me refiero. A uno lo ponen contra las cuerdas, y habla, y dice, y lo que parecía blanco resulta que es negro. Y que de noche no es lo mismo que de día, ¿eh, doctor? Usted me entiende... Pero una mujer... Ellas... ellas lo entienden todo por otro lado...

INÉS.- ¿Ha terminado ya?

MANUEL.- Terminado, ¿qué?

-----

SABINA.- Papá.

HÉCTOR.- ¿Qué?

SABINA.- ¿No te acuestas?

HÉCTOR.- Sí, ahora...

SABINA.- Es muy tarde.

HÉCTOR.- Ya. (Pausa.) ¿Y tú?

SABINA.- Ese cuarto...

HÉCTOR.- ¿Qué?

SABINA.- Está igual.

HÉCTOR.- Sí, ya sé.

SABINA.- Todo igual. (Pausa.) Como si Lucía...

HÉCTOR.- Tu madre...

SABINA.- Diez años y...

HÉCTOR.- Ten paciencia.

SABINA.- ¿Cuánta? ¿Cuánta más?

HÉCTOR.- Perdona.

SABINA.- ¿Qué?

HÉCTOR.- Que nos perdone.

SABINA.- ¿Lo dices en... de corazón?

HÉCTOR.- ¿Crees que no sé lo que tú...?

SABINA.- No, no lo sabes.

HÉCTOR.- Ven.

SABINA.- ¿Para qué?

HÉCTOR.- Aquí. A mis brazos. Trata de dormir en mis brazos. Como de niña.

SABINA.- Como cuando te llamaba Lancelote...

HÉCTOR.- ¿Tú también?

SABINA.- En secreto. La exclusiva era de Lucía.

HÉCTOR.- Ven, Sabina.

SABINA.- Sí, mi señor Lancelote.

-----

ESTELA.- Eso se llama... ¡aborto! ¿Me está hablando de hacerla abortar?

INÉS.- Le estoy hablando de interrumpir un embarazo que...

ESTELA.- Que mi hija sufre para hacerme feliz, ¿lo entiende? No quiero ni oír hablar de... ¿Y el doctor Soto piensa como usted?

INÉS.- No se trata de lo que yo piense o deje de pensar. Ni el doctor Soto. El Consejo Médico lleva reuniéndose casi una semana... y nadie se atreve a pronosticar qué... ¡Haga el favor de escucharme! Es un caso... sin precedentes clínicos. No sabemos si su hija será capaz de resistir el embarazo, ni si la gestación será normal, ¿comprende? No podemos... nadie puede asegurar que ese niño, si es que llega a nacer, sea un niño normal. Y aunque lo fuera, ¿se imagina el futuro de ese niño, con unos padres...? (Se calla.)

ESTELA.- ¿Qué? (Silencio.) ¿Qué iba a decir?

INÉS.- Nada. Lo siento. Ha sido...

ESTELA.- (Tras una pausa.) ¿Usted cree en la muerte, doctora?

-----

DR. SOTO.- ¿Un cuadro clínico detallado, quieren sus lectores? ¿Los lectores de "Sensaciones"? Muy bien, señorita... Tome nota: en primer lugar, hay que precisar la terminología y sustituir la denominación de "coma" por "estado vegetativo crónico", ¿comprende? Estado vegetativo crónico... que suele ser causado por graves lesiones anóxicas o post-traumáticas. Y muy a menudo se produce por una combinación de ambos factores. La base neuropatológica del estado vegetativo crónico radica...

JAIME.- Comprendo que debía ser difícil tener una hermana como Lucía, sí... La mayor, la más guapa, la primera en todo... Por cierto: veo que te arreglaste los dientes. Te quedan muy bien. Seguro que ya puedes hasta sonreír...

SABINA.- Imbécil. (JAIME ríe.) Ojalá hubieras ido tú al volante, aquel día...

ESTELA.- Sí: yo tengo mis creencias y tú las tuyas, pero en esto... ¿No lo comprendes? Es algo suyo... vivo. Vivo, ¿te das cuenta? (Pausa.) Ya sé que fue algo horrible, sucio, miserable. Yo también lloré, vomité, me volví loca... Pero ahora, está viniendo, creciendo en su cuerpo, algo de ella viviendo ya... y viene hacia nosotros.

HÉCTOR.- Y luego hubo un después. Y algo cambió en él, y fue capaz de pensarlo, de hacerlo. (Pausa.) Ahí, en ese punto, ¿qué pasó, qué hubo, cómo dejó de ser... humano? ¿Por qué?

INÉS.- Y otra cosa... ¿Te has dado cuenta?

DR. SOTO.- ¿De qué?

INÉS.- Ni una palabra sobre... (Pausa.)

DR. SOTO.- ¿El "presunto"?

INÉS.- Ni media palabra.

DR. SOTO.- Mientras no haya pruebas...

ESTELA.- Estás loco, Philippe, no sabes lo que... ¿Irme a Québec... contigo... ahora? ¿Y dejar a... dejarlo todo? Estás borracho, eso es lo que... ¿Qué hora es ahí?

HÉCTOR.- ¿Puedo... puedo abrazarte?

ESTELA.- Héctor...

JAIME.- ¿Qué tengo yo que ver con este asunto? ¿Qué tengo yo que ver con vosotros, con Lucía? ¡Por favor! Diez años... Hace diez años era su novio...

INÉS.- En el registro de entrada figura que el dieciséis de agosto usted acudió a la clínica para visitar a su suegro, ingresado de urgencia por una afección renal aguda...

SABINA.- Y en cambio aquí es al revés: día y noche respirando Lucía, hablando de Lucía, pensando en...

INÉS.- ¿Y qué es lo que piensas?

SABINA.- (Tras un silencio.) Sólo una cosa, una pregunta: ¿siente algo?

INÉS.- ¿Sentir?

SABINA.- O pensar, sí. ¿Se da cuenta de las cosas, de lo que pasa a su alrededor? Dentro de ella, en su... mente, o donde sea... ¿algo sigue pensando, sintiendo?

Por ejemplo: ¿qué sintió cuando la violaron?

INÉS.- (Tras una pausa.) Es imposible...

SABINA.- Es imposible, ¿qué?

INÉS.- Saberlo.

-----

MANUEL.- ¡Te lo dije, cabrón! ¿Te lo dije o no te lo dije? ¡Mil veces, cabrón! ¡Que tuvieras cuidado! ¡Que esto no es como en las putas, cabrón! ¡Mil veces te lo dije! ¡Que hay que tener cuidado! Y ahora, ¿qué? ¿Dónde estamos, eh? En la mierda, cabrón. Y por tu culpa. Sí, sí: por tu culpa, que yo tengo cabeza, y sabía lo que me jugaba, y tenía cuidado, lo mismo que los otros... Aquí, el único tarado eres tú, el único hijo de puta, el único que se mea y se caga donde se le ocurre, sin tener cuidado... ¡Dios, cómo está el mundo! Empezando por ti... y acabando por toda esa mugre de doctores y policías y abogados... Y las jodidas pruebas del A.D.N., que tú ni sabes lo que es eso, además... Y ahí los tienes a todos: como cuervos alrededor de esa pobre chica que, a fin de cuentas, no ha hecho nada, la pobre... Sólo darse algún contento que otro, para no aburrirse tanto, ¿eh?... ¡No te rías, cabrón! Que yo lo hacía más por ella que por mí, de pena que me daba, verla allí, te lo juro. Si hasta parecía que lo estuviera

provocando a uno, la muy puta...

-----

ESTELA.- No, Sabina: yo no he dicho eso. Yo tampoco creo en los milagros. Pero el espíritu es energía, y la energía es materia, y la materia es vida, ¿comprendes?

SABINA.- No sé.

ESTELA.- Todo fluye y parece cambiar, sí... Y por eso hablamos de vida y de muerte, pero...

SABINA.- Mamá, perdona: son las cinco y veinte y...

ESTELA.- Pero, a la vez, todo permanece. Todo es eterno. Lo que llamamos tiempo...

SABINA.- Y aún he de hacer el equipaje.

ESTELA.- ¿Te vas? (Pausa.) Quiero decir: ¿no vas a cambiar de opinión?

SABINA.- Ya te lo he dicho. Yo, aquí...

ESTELA.- Sabes que tu hermana te necesita.

SABINA.- Mira, mamá: mi hermana...

ESTELA.- Y yo también.

SABINA.- (Tras una pausa.) ¿Sí?

ESTELA.- Tengo miedo. No se lo digas a tu padre, pero tengo miedo.

SABINA.- ¿De qué?

ESTELA.- Sólo yo quiero que nazca el niño, ¿verdad? (Silencio.) ¿Verdad que sí? (Silencio.) Pero, si algo sale mal, si le pasa algo a Lucía...

SABINA.- Ese no es el problema.

ESTELA.- Creen que es por el aborto, porque estoy contra el aborto... ¡Qué tontería! Si yo... (Se calla.)

SABINA.- ¿Qué? (Pausa.) Si tú, ¿qué?

ESTELA.- Ese niño viene hacia mí. Lucía me lo manda, lo sé. Pero si algo...

SABINA.- ¿De veras me necesitas?

ESTELA.- Nunca me lo perdonaría.

SABINA.- Di: ¿quieres que me quede?

ESTELA.- ¿Quedarte?

SABINA.- Sí. (Pausa.) ¿Quieres?

ESTELA.- ¿Y... ese examen? La "Canción de cuna"... Y tu carrera...

SABINA.- Mi profesor tiene razón: nunca podré con Strauss... ¿Has oído a Jessie Norman cantando sus lieder?

ESTELA.- Sabina, yo...

SABINA.- Y cuando tengas que ir a Québec, por tu trabajo... yo cuidaré del niño.

-----

INÉS.- Con una condición.

DR. SOTO.- ¿Cuál?

INÉS.- Yo coordino el seguimiento de la evolución clínica, y...

DR. SOTO.- ¿Y?

INÉS.- Y presento el caso en el congreso de Oslo.

DR. SOTO.- ¡Bravo! Y las conclusiones las publicas en "Lancet".

INÉS.- ¿Por qué no?

DR. SOTO.- Miren a doña Perfecta...

INÉS.- ¿Por qué no? ¿Hay algo... ilícito en eso? Es mi sección, al fin y al cabo.

DR. SOTO.- Tu sección, y no te enteraste de que llevaba cuatro meses sin menstruar.

INÉS.- ¿A qué viene eso ahora? Cuando yo me hice cargo, ya...

DR. SOTO.- Bueno, bueno... Dejemos el tema. Presentas el caso en Oslo... si el resultado es positivo, claro...

INÉS.- Aunque fuera negativo.

DR. SOTO.- Ah, ¿sí?

INÉS.- Aunque sea negativo. Tú mismo lo has dicho: no hay constancia de una concepción en coma... con un "score" de cuatro en la escala de Glasgow, lesión supretentorial, arreflexia, rigidez de decorticación...

DR. SOTO.- Ya... pero, en cualquier momento, ese embarazo puede...

INÉS.- Veintisiete semanas.

DR. SOTO.- ¿Veintisiete ya?

INÉS.- O veintiséis... Es increíble, pero es así.

DR. SOTO.- Si llegáramos a los siete meses, se podría...

INÉS.- Exacto: provocar el parto.

DR. SOTO.- Lo tienes todo bien pensado.

INÉS.- ¿Aceptas el trato?

DR. SOTO.- Hoy no puedo negarte nada...

(Todos los personajes han ido saliendo a medida que terminaba su intervención en las micro-secuencias, a la vez que la luz decrecía y los latidos del corazón aumentaban de volumen. Se abre la puerta del fondo -lateral- y la intensa claridad que entra por ella permite distinguir la silueta del limpia-cristales sin rostro. Lleva un cubo y una fregadera. Tras una pausa, comienza a secar los restos de agua jabonosa, atravesando la escena en diagonal. Casi simultáneamente se escucha una grabación de la "Canción de cuna" de Strauss, en interpretación de Jessie Norman. Cuando el limpia-cristales está a punto de desaparecer por el lateral opuesto del proscenio, ingresan desde distintos puntos los miembros del equipo médico, con batas y mascarillas, y realizan en torno a la cama un conjunto de acciones y movimientos regidos -como en su primera aparición- por pautas coreográficas minimalistas. Al poco, cesa súbitamente el "lied"; todos se inmovilizan junto a la cama y, en el silencio, se escucha claramente el primer llanto de un recién nacido. Uno de los médicos -mujer- extrae de entre las sábanas, envuelto en ellas, un bulto que figura inequívocamente un niño. Mientras se reanuda la música, todo el grupo emprende la salida por la puerta del fondo, cuya luz va extinguiéndose. Una débil luminosidad permanece sobre la cama. Se aleja el sonido de la "Canción de cuna", a la vez que aumenta, en "off", el murmullo al principio monótono de una voz de mujer.)

VOZ MUJER .- ... cómo se dice, cómo se dice, sí, cómo se, ese momento del, esa hora del día, sí, o de la noche, cuando la noche aún no, pero ya los colores se, ya los colores, el techo, ya verde-gris, o azul-gris, y las paredes, cuando las paredes, blanco-gris, ahora, dos, veo dos ahora, blanco-gris, veo dos paredes, techo, ventana, cómo se dice, sí, esa, ese momento cuando, oigo nada, nadie, otra vez, aquí estoy otra, nadie más, irse, idos, todos idos otra vez, no oír nada, dos paredes, veo dos paredes, blanco gris, dónde estaba yo, qué me han, qué me han, cuándo me han, cómo se dice, cómo se, y tú, dónde tú, dónde estás tú, por

qué no te, dónde estás, no te, ya no te, cómo se dice, siento, sí, siento, por qué no te siento, qué me han, qué te han, de mí, no, no, no, no, no, ven, ven tú, dónde te han, de mí, de dentro de mí, vuel-, vuel-, vuelve tú aquí, dentro de mí, adónde vas, adónde te, qué, qué, qué me hacen, qué, qué te hacen, ven, no, no, aquí, conmigo, dentro de mí, que no me lo, cómo se dice, que no me, mío, cómo se dice, quitar, quiten, sí, que no quiten, que no lo, me lo quiten, que no me lo quiten, es mi, es mi, el, el, el, lo, cómo se dice, lo, cómo se, único, único mío, lo único mío, sí, que no me lo, aquí, dentro de mí, parte de mí, qué me, qué me queda si, único mío, si, si se, si se va de mí, qué me queda si, no me lo, por, por, por, cómo se dice, cómo, por favor, aún no, por favor, por favor, por favor que no me lo, que no se lo, aún no, aún no sabe, no sabe nada, no sabe ni, ni llorar sabe aún, aún no sabe, casi no sabe ni, cómo se dice, ni sonreír, ni casi sonreír sabe aún, casi, casi no, casi no tiene uñas, y, y, y los ojos, los ojos, no sabe ni, no sé ni, no sé cómo tiene los, los ojos, no sé cómo, los ojos cómo los tiene, yo, yo ni, ni color pude, ni color a los ojos le puede poner... (Silencio.) Qué me queda, qué me queda, paredes, dos, techo, ventana, azul-gris, verde-gris, esa hora del, ese momento, otra vez, nada, nadie, blanco-gris, qué me queda, qué me queda de ti, qué de mí, quién se queda, quién aquí dentro, conmigo, si tú, con quién hablar si tú, si tú ya no, cómo se dice, ese, esos, ya no oigo, murmullo, sí, murmullo, dentro de mí, ya no oigo ese como, ese murmullo como, como de olas, todo ese murmullo, como de olas, como de alas, como de alguien que, alguien pisando arena, hojas tiernas, plumas frotándose, bur-, burbujas, sí, todo eso, sí, dentro de mí, contigo, todo ese hablar contigo, y hablar, y hablar, murmullo, ahora ya, ahora ya con quién, con quién jugar si, si tú ya no, ya nunca más jugar, jugar contigo al, al, al mano-manita-mano, dentro de mí, ya no, ya nunca más jugar al, al gira-gira que nadie te mira, ni, ni jugar ya más al roce-golpe-saltito-pum, al roce-golpe-saltito-pum, ya nunca más dentro de mí, ya qué me queda, paredes, techo, ventana, verde-gris, azul-gris, blanco-gris, y yo aquí, esta cosa aquí, este cuerpo aquí, cómo se dice, vacío, sí, vacío, girando, sí, para nadie, girando para nadie, sangrando para nada, aquí, aquí...



(La luz ha ido extinguiéndose. La voz también.)

T E L Ó N

José Sanchis Sinisterra. Correo electrónico: [jss@artescena.net](mailto:jss@artescena.net)

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar). e-mail: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)